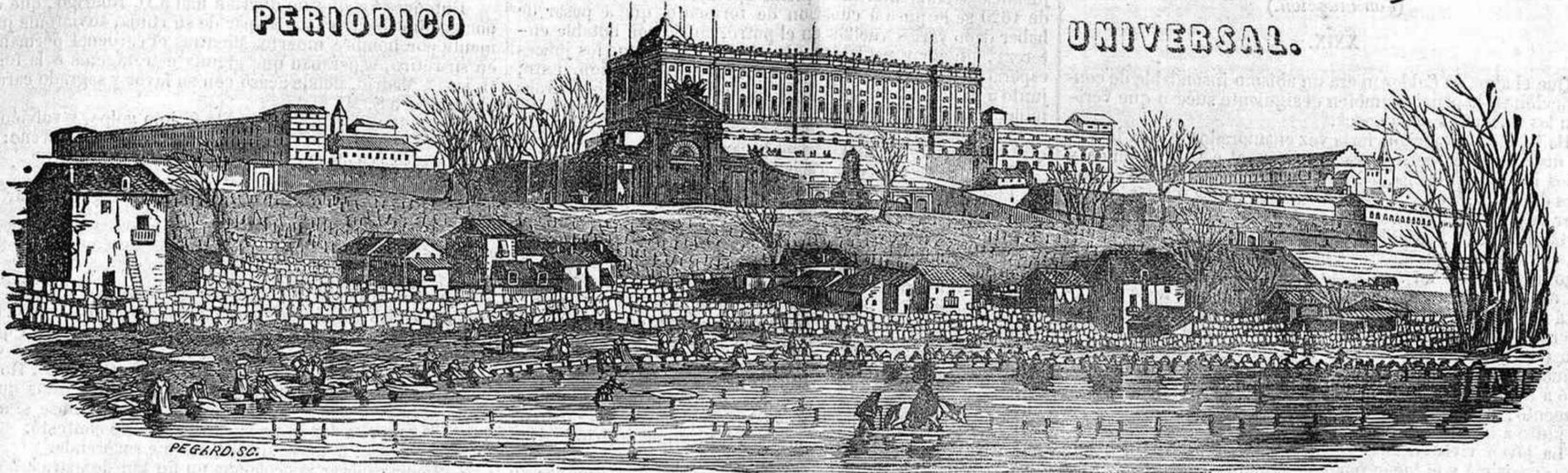


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 43.—SABADO 23 DE OCTUBRE DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

JOAQUIN MARQUES LISBOA,

CAPITAN DE FRAGATA DE LA MARINA BRASILEÑA.

Por lo comun se levantan estatuas, se dedican pomposos elogios, se consagran brillantes biografías á hombres cuyo único mérito suele consistir en haber ocupado en la tierra una posicion social eminente. Aquel que se eleva sobre los demás, cualesquiera que sean los medios que le ayuden á conseguirlo, ve agruparse en torno suyo una multitud servil de aduladores; pero nadie dice que el esplendor que le rodea y el rango sublime en que se encuentra colocado, se han obtenido con la sangre y con los tesoros de la humanidad. Se admira al conquistador, se envidia al general victorioso, sin reflexionar que sus pedestales descansan en montones de cadáveres y de despojos sangrientos, y que su espada no siempre ha sido la espada de la justicia.

Y con todo, en la sombra proyectada por esos radiantes soles de la fama, tienen lugar muchas veces oscuros y modestos actos de heroísmo y de virtud; pero como impresionan menos á las masas, nunca pueden llegar á ser objeto de tan brillantes ovaciones, y la abnegacion, inseparable compañera del verdadero sacrificio, los cubre con un espeso velo á los ojos del mundo. en vez de llamar sobre su mérito y su gloria la atencion pública.

Deber es de la prensa buscar los nombres y proclamar los hechos de esos constantes y sinceros amigos de la humanidad, señalándolos á la admiracion de todos, como ejemplos de virtud que deben imitarse, como estudio y prueba de que el verdadero mérito del hombre es independiente de los altos puestos á que puede elevarle una fortuna caprichosa.

Bajo este punto de vista debemos recordar con aprecio distinguido, como un dechado de valor humanitario, el nombre del capitán LISBOA, oficial sobresaliente de la marina brasileña.

Su entrada en este esclarecido cuerpo data de la guerra de la independencia del Brasil, y tanto su valor como su inteligencia le hicieron muy pronto ocupar uno de los primeros puestos entre los oficiales mas distinguidos. El 24 de agosto de 1848 se hallaba en Liverpool el capitán D. Joaquin Marques Lisboa, con su fragata *Don Alfonso*, cuando ocurrió el horroroso incendio del navío inglés *Ocean monarch*. El intrépido marino brasileño maniobró con tanta habilidad, con tan decidido empeño en medio de los mas grandes peligros, que consiguió salvar ciento sesenta personas entre pasajeros é individuos de la tripulacion del buque abrasado.

Después de este rasgo de humanidad que admiró á cuantos desde el muelle presenciaron la catástrofe, Lisboa volvió á Pernambuco, y allí vió á su patria hecha presa de lamentables discordias intestinas; la ciudad se hallaba en completa insurreccion, la voz de la autoridad no tenia fuerza para apaciguar el alboroto, y todo presagiaba luto, sangre y desolacion. El capitán del *Don Alfonso* ofreció sus servicios al gobierno oprimido, desembarcó, púsose al frente de sus determinados marinos, se hizo dueño de las posiciones principales de la ciudad, y desde ellas dominó á los insurrectos, haciéndoles someterse á la obediencia y deponer las armas.

Entre otros testimonios de reconocimiento y de aprecio por tan honrosa conducta, le envió el gobierno inglés un magnífico cronómetro de oro, que tenia la inscripcion siguiente:

PRESENTED
BY THE
BRITISH GOVERNMENT
TO
CAPTAIN JOAQUIN MARQUES LISBOA
OF THE STEAM FRIGATE
ALFONSO
OF THE BRAZILIAN IMPERIAL NAVY
IN TESTIMONY OF THEIR ADMIRATION
OF THE GALLANTRY AND HUMANITY
DISPLAYED BY HIM
IN RESCUING MANY BRITISH SUBJECTS
FROM THE BURNING VESSEL
OF THE SHIP
OCEAN MONARCH
AUGUST
1848.

Inscripcion que en nuestro idioma dice:

Ofrecido por el gobierno inglés al capitán Joaquin Marques Lisboa, comandante de la fragata *Alfonso de la marina imperial del Brasil*, en testimonio de admiracion por el valor, decision y humanidad que ha desplegado en una ocasion reciente en favor de súbditos ingleses, con motivo del incendio del navío *Ocean monarch*. Agosto de 1848.

No hablemos mas de este episodio de la vida del oficial brasileño. Las guerras civiles son una desgracia pública, y nunca envidiaremos ese honor insensato de distribuir coronas cívicas á los héroes cuyas victorias cuestan á las infelices naciones torrentes de sangre, y á sus conciudadanos la tranquilidad doméstica. Espectador silencioso y triste de las convulsiones de los pueblos, el historiador no experimenta hácia los vencedores la mas pequeña admiracion, ni hácia los vencidos el menor odio: compadece á todos, llora las adversidades de su patria, y separa la vista del sangriento cuadro de las desventuras que la afligen.

Otra nueva calamidad ofreció muy pronto al capitán Lisboa ocasion de manifestar sus generosos sentimientos.

En efecto, poco tiempo hace que sorprendido el navío de guerra portugués *Vasco de Gama* por una furiosa tempestad en la embocadura de Rio-Janeiro, y después de haberse visto en la precision de picar toda su arboladura, tronzada por el huracan, fué salvado por el animoso y valiente capitán del *Don Alfonso*. Todos los buques de vapor que se hallaban anclados en el puerto habian acudido sin demora en auxilio del portugués, pero después de mil infructuosas tentativas se habian visto precisados á entrar de nuevo en la rada, sin la mas leve esperanza de que se librara de un completo naufragio el navío, combatido á la sazón terriblemente por un temporal

deshecho é inaguantable, que no permitia el capeo ni podia correrse por la proximidad de la costa, hácia la cual se dirigian las corrientes. El capitán Lisboa fué el único que contando con su propia serenidad en el peligro, no abandonó el puesto de honor que habia elegido al lado del buque, desamparado al parecer por el cielo y por los hombres; pasó la noche maniobrando en sus aguas, tan inmediato á él como lo aconsejaban la prudencia y el anhelo de tentar todos los medios de favorecer á sus semejantes; y cuando al siguiente día creyó la poblacion de Rio-Janeiro que tenia que deplorar dos terribles infortunios, le vió entrar triunfalmente en la bahía conduciendo al *Vasco de Gama* á remolque de su velera fragata.

En concepto de los mas espertos marinos era un imposible, era una locura intentar tan solo la salvacion del navío portugués; de modo que el heróico esfuerzo del capitán Lisboa vivirá eternamente en los fastos de la marina brasileña, como uno de esos actos sublimes que honran y enaltecen á la humanidad.

El comercio portugués de Rio-Janeiro le presentó una espada de honor, de oro cincelado, de gran valor intrínseco y artístico, y el gobierno de Doña María de la Gloria le ha nombrado comendador de la orden de la *Torre y la Espada*, enviándole la magnífica placa incrustada de diamantes que forma su condecoracion.

Agradanos sobremanera consignar estas nobles acciones que revelan los nobles sentimientos de un alma generosa, capaz de los mayores sacrificios: reciben es verdad de los gobiernos, de los altos potentados recompensas y honores mas ó menos considerables; pero su primera, su mas bella remuneracion es el aprecio público, la profunda gratitud de los infelices arrancados milagrosamente á la muerte, y sobre todo la íntima conviccion de haber cumplido un deber humanitario.



Joaquin Marques Lisboa.

DON RODRIGO CALDERON.

(Continuacion.)

XXIX.

Que el alma de Calderon era un abismo insondable de contradicciones, lo prueba tambien el siguiente suceso que verifican las memorias de la época.

Hallábase D. Rodrigo cierta vez enamorado de una jóven, tan notable en la hermosura como en el estado humilde y en los instintos hidalgo. Ni medianeros, ni terceras, ni dadas de ninguna clase habian sido escuchadas ó recibidas, á pesar de la estrechez en que vivia la pobre doncella, cuando cierta mugercilla, zarcidora de voluntades y alacran de honras, como llaman sus autores á la *Celestina*, prometió á D. Rodrigo introducirle en su cuarto á la media noche. El cómo esta muger tenia entrada á tales horas en la casa de la doncella, á quien su padre además celaba mucho, no lo dice el manuscrito de que copiamos esta relacion; pero sí dice que á la hora convenida se apeó D. Rodrigo de su carruaje junto á la Almudena, y encargando que le esperara en el mismo sitio, echó á buen paso arrebozado hasta los ojos por la calle del Sacramento, no sin santiguarse y destacarse devotamente al pasar junto á la iglesia del mismo nombre.

La jóven vivia en la calle del Sacramento. Estaba la noche oscurísima y el lugar por consiguiente, pues hasta muchos años después no introdujo en Madrid D. Juan de Austria el segundo la buena costumbre francesa de alumbrar las calles.

Los señores que no gastaban carruaje en la época á que nos referimos, iban por la noche precedidos de sus pajes con hachas encendidas.

En la calle del Sacramento, sin embargo, cerca de la del Rollo, habia en la pared una Virgen alumbrada por un devoto farolillo.

De la porteria de la iglesia se deslizó á su paso un hombre. Empuñó su espada D. Rodrigo, y con ademán resuelto avanzó hácia él; pero apercibiéndose de que era un anciano venerable por sus canas y por su aspecto lastimoso, á los desvanecidos rayos del farolillo, iba á seguir su camino tranquilamente, cuando el aparecido se le colgó de la capa, diciéndole:

—Señor caballero, señor caballero, oígame vuecelencia una palabra.

—¿Qué me queréis? exclamó el ministro de mal talante.

—¡Ay Dios!

—Acabemos.

—Señor, yo soy un hidalgo honrado que no tenia en el mundo sino las esperanzas de un pleito con cuya ocasion vine á la corte... He perdido el pleito... y me voy á morir de hambre.

—Calló el desconocido como de bochorno y pesar; mas viendo que el caballero nada decia, prosiguió después:

—Yo sabré morir de hambre, señor; pero tengo una hija jóven y hermosa.

—¿Una hija! balbuceó D. Rodrigo.

—Si no me da vuecelencia una lim... os... un socorro por el amor de Dios.

—¿Qué hareis, desdichado?

—Dios me lo perdone!

—¿Qué hareis?

—La llevaré mañana á la tarde á las gradas de San Felipe, ó á la noche al Prado de San Fermin.

—¿Sereis capaz?

—Ya el anciano de conmovido ocultó el rostro, y apenas pudo balbucear en voz muy débil:

—No... no... nos moriremos de hambre, señor caballero.

Y volviendo la espalda dió un paso para internarse en la calle del Sacramento.

—¿Donde vivis? le preguntó meditabundo D. Rodrigo asiéndole de un brazo.

—Déjeme vuecelencia, que estoy loco.

—No será sin que me respondais.

—En esta calle vivo.

—¿En esta misma?

—Si vuecelencia quiere honrar...

—¿En frente de la Virgen del farolillo?

—Sí señor.

—¿En una casa que tiene sobre la puerta un escapulario de piedra?

—Sí señor.

—¿Dios mio!

—¿Me conoce vuecelencia?

—No, no... tomad, buen hombre.

Y esto diciendo, Calderon desencajado le alargaba una bolsa repleta.

—Tomad... cien doblones... iban aparejados para una mala accion; pero la Providencia les tuerce el camino.

—Señor; ¡tanto dinero! ¡muy mala debia de ser la accion!

Sin esperar las gracias, como quien buye una ocasion ó un remordimiento, volvió el ministro en seguida adonde le esperaba su carruaje.

Desde aquella noche dejó de tentar á la hija del pobre hidalgo.

XXX.

Llegó pues como íbamos diciendo la ocasion en que preso el marqués de Siete-Iglesias iba á pagar todas sus culpas.

Del castillo de Montanches, trasladado á la fortaleza de San Torcaz, inmediata á Madrid, comenzó á activarse la causa por los consejeros de Castilla D. Francisco de Contreras, D. Diego del Corral y D. Luis de Salcedo, á quienes S. M. encomendó este cargo. Todos los que ya se han apuntado aparecieron contra D. Rodrigo á las primeras actuaciones. Para que con mas premura se anduviese el camino de las diligencias jurídicas, trasladaron á Calderon de San Torcaz á su casa de la calle Ancha de San Bernardo, donde permaneció incomunicado cerca de dos años, hasta el día de su muerte, bajo de la guarda de diez y ocho soldados, cuyo cabo era D. Manuel de la Hinojosa, del hábito de Santiago.

En todo este tiempo ni una sola vez le tomó la flaqueza de la carne, ni dió pruebas de otra cosa que de un cumplidísimo cristiano y caballero.

La sala de su prision era tan oscura y tan grande, que á

todas las horas necesitaba de luz artificial para leer las obras de Sta. Teresa de Jesus, á quien era muy devoto.

Como estaba negativo en las cosas sustanciales (frase jurídica sacramental de aquella época), el día 7 de enero de 1620 se le puso á cuestion de tormento, que á pesar de haber dado varias vueltas en el potro, sufrió con notable entereza, sin abrir sus labios á las declaraciones que los jueces esperaban, sino á lamentos de dolor y de resignacion. Esto, junto á la gota ocasionada de la falta de ejercicio, hízole traer muleta, y una venda al brazo izquierdo, y apenas podia salir á las dos habitaciones inmediatas, que una era su tribunal, y otra su oratorio, ni moverse de la cama tal vez.

Notemos de paso otra rarísima contradiccion.

Este hombre, desengañado del mundo, puesta en Dios la esperanza solamente, y toda la imaginacion en su muger y sus hijos; este hombre á quien fray Gabriel del Espiritu Santo, carmelita descalzo, tuvo que corregir en sus mortificaciones y en sus silicios; este hombre en fin de quien dijo su confesor que en treinta años que llevaba de ministerio, no hallara un solo penitente mas penitente, *dormia en una camilla de damasco azul guarnecida de plata, con muchas riquezas y primores, que bien puede valer hasta quinientos ducados.*

A 9 de julio de 1621, Lázaro de los Rios, secretario de ambas causas, la civil y la criminal, notificole dos sentencias. Por la civil se le condenaba «al perdimiento de la mitad de sus bienes con aplicacion al fisco;» y por la criminal, á que «de la prision en que está, sea sacado en una mula, ensillada y enfrenada, con voz deregonero que publique su delito, y sea traído por las calles públicas y acostumbradas de esta villa, y lleuado á la Plaza Mayor de ella, donde para este efecto esté hecho un cadalso, y en él sea degollado por la garganta, hasta que muera.»

Esta justicia de los tiempos antiguos, degollando por la garganta, da ocasion á reflexiones muy graves. ¿Era el refinamiento de la crueldad que llega hasta indicar al verdugo cómo y en qué manera debe de ejercer su oficio? (*Per troppo variar*, otras veces decian los magistrados—por el pescuezo,—como se puede ver en la sentencia de Gonzalo Pizarro, ajusticiado en el Perú en 1548.)

Oyó el marqués ambas sentencias con admirable serenidad, y desde aquel momento se comenzó á apercibir para su muerte, que tenia por segura, aunque su defensor apelara. Aquella misma noche, escondiéndose detrás de la cama para no ser visto de nadie, volvió á ponerse los silicios que por consejos de fray Gabriel se habia quitado.

Apelaron con efecto sus defensores, y S. M. nombró nuevos jueces, alcanzando solo que le declarasen por pobre, absolviéndole del pago de doce mil maravedises, pues en cuanto á la sentencia de muerte, fué confirmada en revista.

De la cédula de perdon de Felipe III, que acababa de morir en 31 de marzo de aquel año, decia la sentencia que era nula, como alcanzada con malas artes.

Maestro en las cortesanas, D. Rodrigo conocia muy bien lo imposible de su salvacion. Con su muerte, el nuevo rey se libraba de un testigo de sus locuras juveniles, y hacia ver al pueblo el Conde de Olivares que su primer cuidado en la prianza era la justicia y el castigo.

Tampoco nos parece que van descaminados los que presumen que cierta antigua rivalidad en amores, atizaba en el corazon de Felipe IV un odio secreto á D. Rodrigo. Lo da á entender su empeño en perderle, al paso que salvaba de las iras de su favorito á los antiguos de su padre, el duque de Lerma y el de Uceda.

Baste decir á este propósito que porque no le importaran pidiéndole su perdon, se fué Felipe IV al Campillo, casa de recreo de los monjes del Escorial, de donde no volvió hasta una semana después de la justicia.

Luego fué tan infeliz Calderon con sus hechuras y tan mal habia sembrado sus favores entre los cortesanos, tierra estéril que solo malezas cria de suyo, que ni una voz amiga se levantó en su defensa viéndole caido: comun desengaño á las grandezas inmerecidas. Tiénesse por poco lo que dan, y hasta por indigno de gratitud y recompensa. Un hombre solo, una alta dignidad de la Iglesia, habia querido satisfacer á Calderon por tantos desengaños; pero el rey le puso una mordaza á la boca.

Así aconteció.

Cuando las acusaciones llovian sobre el reo, cuando menudeaban los testigos, verdaderos ó falsos, y cuando el público rumor iba subiendo de punto en su contra, súpose en la corte que un cardenal del sacro colegio romano, muy de la estima del papa, se habia embarcado con gran premura en Civitta-Vechia para Madrid.

No necesitaba de menos lo perdido de la causa, ni el pueblo para ponerse un tanto de parte de aquel á quien ya creia defendido por la justicia divina.

Con efecto, el cardenal D. Gabriel Trejo, pariente cercano de Doña Inés de Vargas, esposa de Calderon, precipitadamente se dirigió á la corte con tan buenos propósitos; pero á dos jornadas de ella un capitán de caballos rodeó con su gente el carruaje del viajero, y apeándose, con aire respetivo se adelantó á su eminencia, que asomaba en la portezuela del coche su rostro asombrado.

—Señor capitán! murmuró Trejo; ¿qué demasías son estas?

—Nada, monseñor, respondió el capitán, sino cumplir órdenes de S. M.

—Del rey?

—El capitán se inclinó.

—¿Qué me ordena S. M.?

—Que no vaya su eminencia á Madrid.

—Tengo licencia del papa.

—El rey lo quiere.

—Voy á defender á un desdichado.

—Al marqués de Siete-Iglesias.

—El rey lo sabe?

—Sí, monseñor.

—¿Luego me impide que vaya á Madrid, para?...

—No puedo contestar á su eminencia.

—¿Y teneis orden de prenderme tambien á mí?

—No, monseñor.

—Es que soy cardenal.

—Acompañaré á su eminencia hasta Burgohondo, en tier-

ras de Avila.

—¡Ah! porque viaje seguro... ¡Qué amable es S. M.!

Marchó con efecto el cardenal á Burgohondo, donde permaneció vigilado y como preso, hasta que á la muerte del papa en 1621 se le mandó volver á Roma.

Entonces los que no querian mal á D. Rodrigo, que eran pocos é incapaces de participar de su ruina, tuvieronle justamente por hombre muerto. Mientras el cardenal permaneció en su retiro, esperaban que alguna estratagemata ó la fuga le trajese á Madrid, donde acaso con su favor y sagrado carácter ablandaria á S. M.

Supo el reo en su prision este último golpe, y volviéndose á los frailes que le rodeaban, dijo con semblante sereno:

—Hágase la voluntad de Dios.

—Amen, respondieron los frailes.

Desde entonces no habia vuelto D. Rodrigo á hablar de la vida sino como de cosa pasada.

XXXI.

La víspera de su muerte, por la noche, hallándose en la prision varios religiosos que habian acudido á confortarle, introdujeron pláticas de la resignacion cristiana con que se deben de sufrir los males de esta vida, que no es sino crisol donde se purifica el alma para la eterna. Oyolos D. Rodrigo como siempre, con atencion y tranquilidad, tantas que los tenia pasmados; y como uno de ellos le preguntase si no temia á la muerte, dando un suspiro el reo le contestó:

—¡Ay padre! temerla sí; pero no me sorprende.

—¿Podia esperar vuecelencia un fin tan desastrado?

—Sí, padre.

—¿Y cómo no se apartó vuecelencia de toda ocasion pecaminosa?

—¡Ay reverendo padre! El hombre vive sin saber que vive, y solo al morir conoce que muere.

—Pero el alma, añadió Gregorio Pedrosa, predicador del rey, siempre en muerte y en vida vela en nosotros aconsejándonos.

—Sí, padre, teneis razon. Yo de mí mismo lo puedo decir. Nunca la voz del alma deja de oirse, aunque por nuestra torpe condicion no la escuchamos. ¡Cuántas veces yo presentí y adiviné!... no digo qué, ni sabria decirlo, sino que eran amargas. Ni una solamente he pasado por la Plaza Mayor á pié ó en carroza sin que me forjara la fantasía un cadalso en el medio, y un hacha, y un verdugo.

—¡Jesus! exclamó un reverendo, santiguándose y mirando al reo con asombro.

Otro de los circunstantes quiso dar á los presentimientos de D. Rodrigo una causa tan ridícula, como que estaba en armonia con las preocupaciones de la época; pero Calderon repuso:

—No, padre, no: buscar á los fenómenos morales ocasion sobre natural es punto menos que una blasfemia. Nuestra organizacion maravillosa los esplica todos claramente. Este que en mí advertís, ¿de dónde naciera sino de la conciencia, que es el alma? ¡Qué sabios eran los romanos! prosiguió D. Rodrigo después de una pausa. Detrás del carro de triunfo de sus emperadores iba un esclavo siempre gritándoles: «César, acuérdate de que eres mortal;» y este esclavo gritaba solamente para advertencia del pueblo, que para advertencia del César habria de ser en su interior una voz que le gritase lo mismo.

Aquellos frailes, sutiles teólogos, casuistas melifluos, que ya comenzaban á merecer los tremendos golpes que les descargó mas tarde *Fray Gerundio de Campazas*, oían con tanta boca abierta á D. Rodrigo, asombrados de que pudiese sacar un católico tan buenas lecciones de la erudicion pagana.

—¿Qué mas? prosiguió el reo complacido de la atencion de su auditorio. Recuerdo perfectamente, como vuesa mercedes recordarán, las fiestas que hubo en la Plaza Mayor cuando el primer parto de la duquesa de Cea, nuera de mi señor el duque de Lerma, á 7 de mayo de 1609. Vuesa mercedes recordarán aquella pompa nunca vista, que jugaron cañas seis cuadrillas de diez caballeros, todos tan principales y con tal comitiva, que solamente el duque de Osuna llevaba cien lacayos vestidos de azul y plata, cincuenta lacayos el de Feria, y el de Pastrana otros tantos. Pues aquel día, viéndome yo en un brioso caballo, en cuerpo, con baston de capitán de la guardia alemana, eclipsando á tan poderosos señores á pesar de lo humilde de mi cuna, el primero después de los reyes á la veneracion, requerido de las damas, halagado de los cortesanos, victoreado del pueblo que henchia balcones, tendidos, vallas y azoteas... con estas vanidades, digo á vuesa mercedes que me desvanecí tanto que estuve á dos dedos de perder la razon. Y al punto representose á mi fantasía un negro cuadro. Representóseme el poco merecimiento que yo tenia, y que era mi poder de prestado, y toda humo aquella grandeza, y me ví palpablemente en el comedio de la Plaza Mayor sobre un cadalso afrentoso, olvidado de los reyes, escarnecido de los nobles, y solo requerido del verdugo... para herirme.

—Eso era aviso del cielo, exclamó fray Gabriel del Santísimo Sacramento, general de franciscanos.

—Luego sucedió una cosa extraña que hizo temblar mi corazon. Cuando mas engreído andaba yo por la plaza fuera de seso, tropezó mi caballo con el del teniente de la Guardia vieja, D. Francisco Verdugo, y enfurecime tanto, que á no ser prudente Verdugo viniéramos á las espadas. Alzose detrás de mí un rumor sordo, y cuando me volvia entre curioso y airado, oí al torpe conde de Villamediana que dijo á sus compañeros en son de burla:

¡Pendencia con Verdugo y en la plaza!
mala señal, Rodrigo, te amenaza.

—¡Válame Dios! murmuró Pedrosa lleno de espanto.

—Con harta razon llaman *profeta* á Villamediana, dijo fray Gabriel.

—Ya no supe ver ni oír otra cosa, prosiguió el reo, que al menguado conde y á su dístico. No me parecia sino que una voz del cielo me murmuraba al oido:

Mala señal, Rodrigo, te amenaza.

—Y era efectivamente voz del cielo, tornó á decir fray Pedro de la Concepcion.

—Por tal la tuve, que en toda aquella noche pude cerrar los ojos, ni menos apartarme de la quimérica fantasía.

- ¿Con que así está vucelencia resignado á la muerte?
 —Solo por los que me aman la sienten.
 —Dios los consolará, dijo el predicador del rey.
 —No mas estoy atento que á la salvacion de mi alma.
 —Vucelencia la alcanzará, que ese agüero lo notifica.
 —Padre, amen.

Durante esta conversacion ni una sola vez se alteró la fisonomía de D. Rodrigo.

A la media noche pidió recado para escribir á su padre, y concluida entre suspiros la carta, se la entregó á su confesor para que la llevara al correo. La posteridad, siempre anhelosa por saber las mas insignificantes peripecias de estos sangrientos dramas, debe agradecer á su confesor el haberle conservado esta carta. Así decia:

«Padre y señor mio de mi alma: No discuro que las funestas noticias que por esta doy á V. S. le asustarán, segun lo que le tengo comunicado en mis antecedentes.

Triunfó la emulacion; pero con tan distinto modo del que discurren sus designios, que habiendo sido su fin perderme para siempre, para siempre me ha ganado, asegurándome lo principal que es mi salvacion, segun la confianza que tengo en la divina misericordia.

En la revista se me ha confirmado la sentencia de muerte que padeceré mañana tan gustoso, que deseo por instantes llegar el de entregar mi garganta al cuchillo, y derramar mi sangre por la voluntad de mi Señor Jesucristo en descuento de mis pecados; pues el mismo Señor tan liberalmente derramó por mí la suya; y porque tambien place así á la recta justicia del rey mi señor.

Mucho me dilato, y el tiempo es corto para lo que tengo que suplicar á V. S.

Lo primero es que este quebranto lo sacrifique y ofrezca V. S. á Dios. Que luego que vea esta me eche su bendicion para que me sirva de gloria ó de alivio en el purgatorio, y que reciba en su benigna proteccion á su hija y nietos, mi muger, y hijos amados; prendas de mi corazon, pues ya no les queda otro padre; que todo lo espero así de su paternal amor; y ya que en este lance me veo sin el consuelo de V. S., bien podré decir:—*Pater meus, ut quid dereliquisti me?*—El mismo Señor que dijo estas palabras en el árbol santo de la Cruz, me conceda ver á V. S. en la gloria, y en esta vida, ya que la mia es tan corta, me guarde á V. S. muchos años en su santa gracia, y le libre de émulo para amparo de sus nietos. Adios, Padre mio.

De mi prision de Madrid á 20 de octubre de 1621.

RODRIGO, SEÑOR.»

XXXII.

Al amanecer el jueves 21 de octubre de 1621, delante de su confesor y de otros religiosos leyó el condenado de rodillas una prostestacion de la fé que él mismo habia escrito, sublime por lo sencilla y lo patética. ¡Triste espectáculo debieron de hacer aquel poderoso tan humillado, aquellos frailes tan poderosos, y aquella estancia tan lóbrega alumbrada apenas del primer rayo del último sol que habia de ver su dueño!

Y aunque el sol subia rápidamente á su cenit, él sin embargo no se acongojaba: oyó misa, confesó y comulgó serenamente. Pidiendo luego el vestido que habia de llevar al cadalso, que era una como sotana larga, capuz y caperuza, todo de bayeta negra, y aperciéndose de que tenia cuello la sotana, se lo estuvo cortando él mismo con ayuda de un circunstante, «porque no queria embarazar al verdugo el cumplimiento de su deber.» Para el mismo efecto advirtió que el cuello de lechugilla no se almidonara mucho, y que el jubon se hilvanase no mas.

¡Admirable serenidad! ¡raro espíritu que así descendía á las cosas mas bajas de la tierra en el punto en que estaba mas cercano á la contemplacion de las del cielo!

(Concluirá.)

V. BARRANTES.

Gustos gastronómicos de algunos personajes célebres.

Lord Byron, célebre escritor inglés, muerto en 1824, no aparece en nuestra lista mas que por la singularidad de sus gustos y sus hábitos en punto á alimento: no decimos en punto á gastronomía, porque su nombre no es digno de figurar en los anales de este arte por excelencia. Sépase pues que lord Byron no se desayunaba ni cenaba: su único banquete, que él llamaba su comida, se componia de queso añejo de Cheshire en estado de descomposicion completa, de pepinos y de berzas encarnadas conservadas en vinagre. Comia mucho queso, el que acompañaba con sidra ó cerveza de Burton. Tomaba además mucho té. Después de la comida habia vino y licores. ¿Y se creará que lord Byron, á pesar de su talento y su escepticismo, era supersticioso? No hubiera emprendido nada importante en viernes: derramar el salero ó la vasija del aceite, le parecia de mal agüero; pero tenia por de bueno el derramamiento del vino, consuelo con el cual no se acomodaria un buen bebedor.

BERNARDO.

HISTORIA PARA CAZADORES,

por Alejandro Dumas.

Lo que voy á referiros no es una novela, ni un cuento, ni un drama, sino únicamente un recuerdo de mi juventud, una de esas cosas que acaecen todos los dias; de modo que si mi relato adquiere algun color, no consistirá en el talento del que lo narra, sino en el carácter excepcional del héroe que aparece en escena.

Demos principio diciendo, que este héroe era un guardabosques.

Yo nací en el centro de una hermosísima y pintoresca selva: mi padre, gran cazador, me puso, á pesar de mis pocos años, una escopeta entre las manos. Apenas contaba doce, y ya era un excelente cazador furtivo.

Y digo furtivo, porque solo podia cazar ocultamente, pues ni mi edad me daba derecho para obtener una licencia de uso de armas, ni esperaba ser invitado por personas que no la necesitaban: por último, el inspector de Villers-Cotterets, hombre honrado, de cuya memoria conservo gratos y profundos recuerdos, creia que era mejor para mí que explicase las *Geórgicas* y el *de Viris*, que no matar conejos ó perdices, y en consecuencia habia dado orden á los guardabosques, de que, sin un permiso espreso suyo, no me dejasen cazar en sus comarcas.

Esto sin embargo no evitaba que yo cazase, ó mas bien que lo hiciese de contrabando. Mi madre, que participaba de las opiniones del inspector respecto á mí, y que por otra parte temia sin cesar los accidentes que podian ocurrirme, guardaba mi escopeta bajo de llave, y solo me permitia sacarla en los dias señalados, en los de especial permiso, en los que, como recompensa de las tareas semanales, solia decirme Mr. Violaine, pues tal era el nombre de mi pariente el inspector: Ea, Dumas; adelante, amigo mio, pero no nos acostumbremos á ello, pues solo es por hoy, porque el preceptor está contento contigo. Aquellos dias eran de gran fiesta. Cogia el morral, me endosaba los botines, empuñaba la escopeta heredada de mi padre, y atravesaba orgullosamente toda la poblacion, al lado de los cazadores, en medio de los ladridos de los perros, y de los buenos deseos de los amigos y conocidos que nos veían pasar y nos gritaban: Buena fortuna.

Pero este favor especial llegaba una vez al mes, y era muy triste el cazar un solo dia entre treinta, así durante los veinte y nueve restantes, habia encontrado el medio de sustituir mi escopeta con otra arma de mi invencion: era una pistola larga de la época de Luis XIV, á la cual puse una culata. Llegada la tarde, metia la culata en un bolsillo y el cañon en otro, y salia aparentando la mayor inocencia, con mi red ó mi peon en la mano, para que no se sospechasen mis intenciones: cuando ya me hallaba fuera de la ciudad echaba á correr, llegaba á la entrada del bosque, me agazapaba en el suelo, disponia mi arma y esperaba con paciencia.

Si llegaba un conejo á aventurarse en la llanura, á veinte y cinco pasos de distancia, podia darse por bien muerto.

Si era una liebre, acontecia exactamente lo mismo. Un dia salió un corzo, le apunté, y sucedió lo que hubiera sucedido con una liebre ó con un conejo.

Estas diversas piezas me servian para enviárselas á algunos amigos, quienes, á fin de que se repitiesen tan sabrosos regalitos, me abastecian de municiones.

Debo decir además, que casi todos los guardabosques habian cazado con mi padre, y conservaban grandes recuerdos de su liberalidad. Otros eran soldados viejos, que habian servido á sus órdenes, y que por su influencia habian sido colocados en la administracion y custodia de los bosques. En una palabra, todos ellos, que veian en mí indudables disposiciones para ser algun dia tan generoso como el *general*, pues siempre llamaban así á mi padre, me habian cobrado el mayor afecto. Por eso me convidaban muchas veces á rondar en su compañía; y cuando sus cachorros paraban á algun conejo, miraban alrededor por si alguno nos observaba y me ponian una escopeta en las manos. Adelantábame entonces, daba una patada en el suelo, partia á escape el conejo, y casi siempre, en lugar de guarecerse en su madriguera, iba á parar á una cacerola.

Entre aquellos guardas habia uno llamado Bernardo, y como ocupaba en el camino de Soissons, á legua y media de Villers-Cotterets, una casita que Mr. de Violaine habia hecho construir para su predecesor, le daban el nombre de Bernardo el de la Casa-Nueva.

En la época de que hablo, á saber, en 1818 ó 1819, era un hombre de treinta y dos años poco mas ó menos, de franca y abierta fisonomía, de pelo rubio y ojos azules: por lo demás tenia una talla admirablemente proporcionada, y debia á la armonía de sus miembros una fuerza hercúlea, que se citaba en el contorno de diez leguas.

Así era que Bernardo siempre estaba dispuesto para todo; por la mañana, por la tarde, de dia y de noche, sabia perfectamente, con la diferencia de cincuenta pasos, los sitios que frecuentaba el jabalí, porque era uno de esos hombres que saben seguir la pista horas enteras. Cuando el sitio de la cita era la Casa-Nueva, cuando debia atacarse á una pieza á distancia de un cuarto de hora, y por último cuando el animal habia sido envuelto por Bernardo, se sabia ya de antemano si era un jabato ó un jabalí hecho, si era macho ó hembra, si estaba preñada la última, y de cuánto tiempo. Su conocimiento era sorprendente, sobre todo para los cazadores que solian llegar de París, pues en cuanto á nosotros, como habiamos hecho las mismas observaciones que él, no nos parecia tan arduo el asunto.

Bernardo era sin embargo para nosotros una especie de oráculo.

El valor, por otra parte, adquiere siempre un gran poder sobre los hombres, y Bernardo ignoraba lo que era el miedo, pues nunca habia retrocedido ante ningun hombre ni fiera: perseguia al jabalí en sus mas recónditas madrigueras, y á los cazadores furtivos en sus mejor defendidos escondites. Verdad es que algunas veces volvia con perdigonadas en las piernas ó con la ropa hecha pedazos; pero sabia curar sus heridas por un método que siempre le salia perfectamente. Subia de la cueva dos ó tres botellas de vino blanco, llamaba á uno de sus perros, echábase sobre una piel de ciervo, se hacia lamer la herida por Rocard ó por Fanfaro, y á fin de reparar la sangre perdida, bebía durante la operacion lo que llamaba su tisana. Aquella noche no se le veia, pero al dia siguiente se presentaba sano y salvo.

Bernardo me queria mucho, porque habia cazado mas de veinte veces con mi padre, y yo correspondia á su afecto, porque me referia mil anécdotas que le habian acaecido en tiempo del general.

Por consiguiente era para mí de gran contento el dia en que Mr. de Violaine me invitaba á cazar, señalando como punto de reunion la Casa-Nueva.

A todo esto debo añadir que Bernardo adoraba á su muger, y que era celoso como un turco. Sus camaradas le embromaban muchas veces sobre el particular; pero sus chanzas duraban poco, porque Bernardo se ponía pálido como un muerto, y volviéndose hácia el imprudente que tocaba una cuerda tan delicada, le decia:

—Te aconsejo que calles, y que calles pronto, porque cuanto mas pronto calles, será mucho mejor para tí.

Cierto sábado por la tarde, hallándome ocupado en dar de comer á mis perros en el umbral de la puerta, pasó por allí Mr. de Violaine y me dijo:

—¿Se ha trabajado mucho esta semana?

—He sido el segundo en la lista.

—¿De veras?

Entonces le señalé una crucecita de plata que ostentaba yo orgullosamente en el ojal, y que pendia de una cinta encarnada, para darle una prueba terminante de lo que aseguraba.

—En ese caso, señor segundo, os convido para mañana á la caza del jabalí.

—¿En dónde, primo? le pregunté dando un brinco de placer.

—En casa de Bernardo, en la Casa-Nueva.

—¡Oh! Me alegro, me alegro: así nos divertiremos.

—Así lo espero.

Mucho le mimais, observó mi madre, apareciendo entre nosotros. En vez de ayudarme á curarle de esa desgraciada pasion por la caza, que ocasiona todos los dias mil accidentes, halagais su gusto. Tened presente, sin embargo, que solo os lo confio, á condicion de que no ha de separarse de vuestro lado.

—Podeis tranquilizaros en cuanto á eso.

—Ea pues; de ese modo consento; porque si le sucediese una desgracia, moriria yo de dolor.

—Vamos, no tengais miedo, porque sabe su oficio como el mas avisado. Con que, jóvenes, quedamos convenidos y citados para mañana á las seis.

—Gracias, primo, gracias: nadie tendrá que esperarme.

Al punto hice mis preparativos, que consistian en limpiar la escopeta y preparar las municiones.

Salimos á las seis de la mañana, y en el camino fuimos reclutando los guardas, que nos esperaban en sus respectivas demarcaciones; por último, dimos vuelta al camino, y desde lejos divisamos á Bernardo, que empuñaba su trompa de caza.

Tocaba con tanto júbilo y despedia unas notas tan sonoras, que desde luego conocimos que la caza andaba próxima. En efecto, al llegar á la Casa-Nueva supimos que Bernardo habia acorralado hácia la montaña de Dampleux, es decir, á una legua de allí, un magnífico tercial.

Llábase así, en términos venatorios, al jabalí que ha llegado á la tercera parte de su edad.

Mr. Violaine dió entonces conocimiento á los guardas, de una carta que acababa de recibir de la administracion central de los bosques del duque de Orleans. En ella se enumeraban las reclamaciones de los propietarios inmediatos, quienes se quejaban de los perjuicios que les ocasionaban los jabalíes, y contenia la orden espresa de destruir dichos animales desde el primero hasta el último.

Estas órdenes siempre agradan á los guardas, porque el jabalí es pieza de caza real, y no pueden perseguirle: cuando le tiran, siendo mandados, ganan muy poco; pero siempre pertenece el animal á quien lo mata, y un jabalí salado es un recurso famosísimo para el invierno.

Convínose pues en que se proseguirian las batidas hasta la estincion total de todos los jabalíes que se encontraban en el bosque de Villiers-Cotterets. Por mi parte me hallaba tan contento como los guardas, porque era evidente que yo disfrutaria de algunas de dichas batidas.

Partimos después de haber comido unas migas y bebido vino blanco, que es el favorito de los cazadores. Cada cual de estos conocia perfectamente á su vecino, y todos convenian en señalar imparcialmente con el dedo á los mas hábiles, que eran Berthelin, tío de Bernardo, Mona, antiguo guarda, que algun tiempo antes habia perdido la muñeca izquierda, sin que por eso perdiese nada de su destreza, y un tal Mildet, quien, con bala, ejecutaba maravillas.

Ya se supone que los torpes eran escarnecidos sin comiseracion.

Entre estos figuraba un tal Niquet, á quien llamaban, no sé por qué, Bobino, y que tenia fama de hombre de talento, lo cual era verdad: á esta fama reunia la de ser uno de los mas atrasados tiradores de la partida, lo cual tambien era cierto.

Hablábase pues de las proezas de Berthelin, de Mona y de Mildet; pero todos hacian burla á Bobino.

Este por su parte se desquitaba lanzando contra sus detractores dichos agudísimos y punzantes sarcasmos, á los cuales daba su acento provenzal mayor agudeza y espresiva gracia.

Llegados al sitio en que el jabalí se habia encamado, hizonos señas Bernardo para que guardásemos silencio. En seguida comunicó su plan al inspector, quien nos dió órdenes en voz baja: fuimos en consecuencia á colocarnos alrededor del recinto que Bernardo iba á registrar con su sabueso.

Mr. de Violaine cumplió la palabra que habia dado á mi madre; me puso á su lado y al de Mona, me encargó que me mantuviese siempre al abrigo de una encina, y que si llegaba á tirar al jabalí, y este se creciese acometiéndome, me agarrase á las ramas, me suspendiese, y dejase pasar al animal por debajo. Todos los cazadores prácticos saben que esta es la maniobra adoptada para circunstancias semejantes.

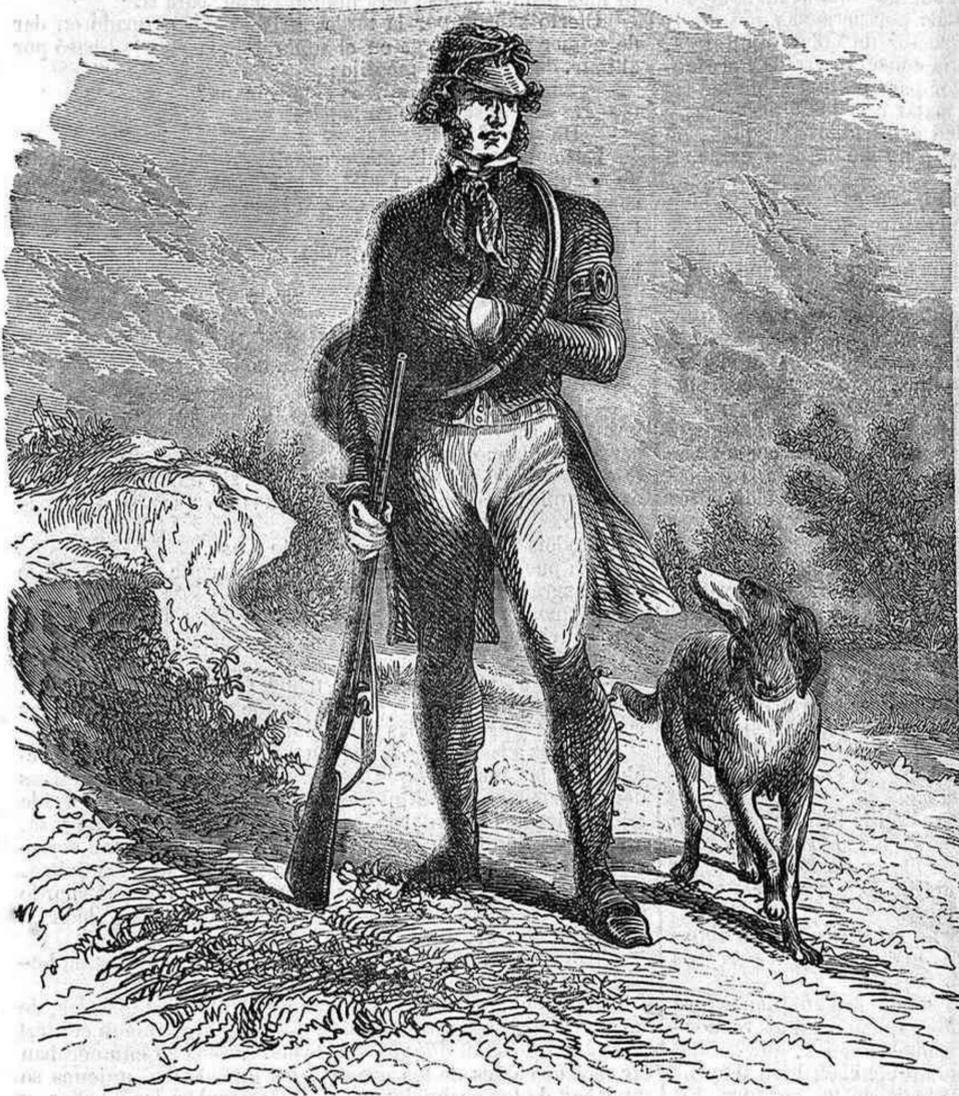
Diez minutos después estábamos todos en nuestros puestos y se dió la señal: poco después, los aullidos del perro de Bernardo, que habia encontrado la pista, resonaron con tal fuerza, que indicaban hallarse muy cerca del animal. De pronto vimos removerse la maleza, y por mi parte divisé un bulto que pasaba, y que no tardó en desaparecer. Mona hizo fuego á la ventura, pero meneó al mismo tiempo la cabeza, significando que no creia haber herido á la pieza. A alguna distancia resonó otro tiro y luego un tercero, al que siguió inmediatamente el grito de *alhalí*, lanzado con toda la fuerza de sus pulmones por la voz bien conocida de Bobino.

Todos corrimos á la llamada, aunque imaginando que íbamos á ser juguetes de algun chasco.

Pero con la mayor sorpresa, no bien llegamos al camino, cuando vimos á Bobino sentado tranquilamente sobre el jabalí, con su pipa en la boca y la caja de fósforos en la mano.

El animal habia caído como un conejo al tiro de Bobino, y no pudo moverse del sitio en que este le hizo sucumbir.

Ya se deja conocer que todos felicitáramos cordialmente al vencedor, quien con la mayor modestia decia entre bocanadas de humo:



Bernardo.



La partida para la caza.

—¡Bah! Siempre nos portamos así nosotros los provenzales con estas alimañas.

Nada en efecto había que objetar: el triunfo era completo, pues la bala había dado detrás de la oreja, y ni Mona, ni Bertelin, ni Mildet, hubieran hecho otro tanto.

Bernardo llegó el último, exclamando:

—¿Qué diablos acaban de contarme, Bobino? Dicen que el jabalí se ha metido por tu tiro como un imbécil...

—Que así haya sucedido, ó que mi tiro se haya entrado cuerpo arriba por el jabalí, contestó el héroe, lo cierto es que el pobre Bobino tendrá salazon para el invierno, y que solo los que puedan decir lo mismo, serán convidados por él. Sin

contar al señor inspector, añadió descubriéndose, pues su señoría honrará siempre á su humilde servidor, cuando guste probar un bocado de la cocina de la madre Bobina.

Así llamaba Niquet á su muger, por aquello de que Bobina es naturalmente el femenino de Bobino.

—Gracias, Niquet, gracias, respondió el inspector.

—Bobino, observó Bernardo: como no sueles ser tan feliz en todas las cacerías, es preciso que, contando con la venia de Mr. de Violaine, te ponga yo una condecoracion.

—Ponla cuando gustes, amigo mio: mas de cuatro conozco yo que la tienen, y no la merecen tanto.

Y Bobino prosiguió fumando con la mayor calma, en

tanto que Bernardo, sacando su cuchillo y acercándose á la parte posterior del jabalí, le agarró por el rabo, y de un solo tajo se lo separó del cuerpo.

El jabalí lanzó un sordo gruñido.

—¡Eh! ¿Qué tenemos, señor mio? dijo Bobino, mientras Bernardo sujetaba el rabo del animal á un ojal del vencedor: parece que sientes perder esa miseria de adorno...

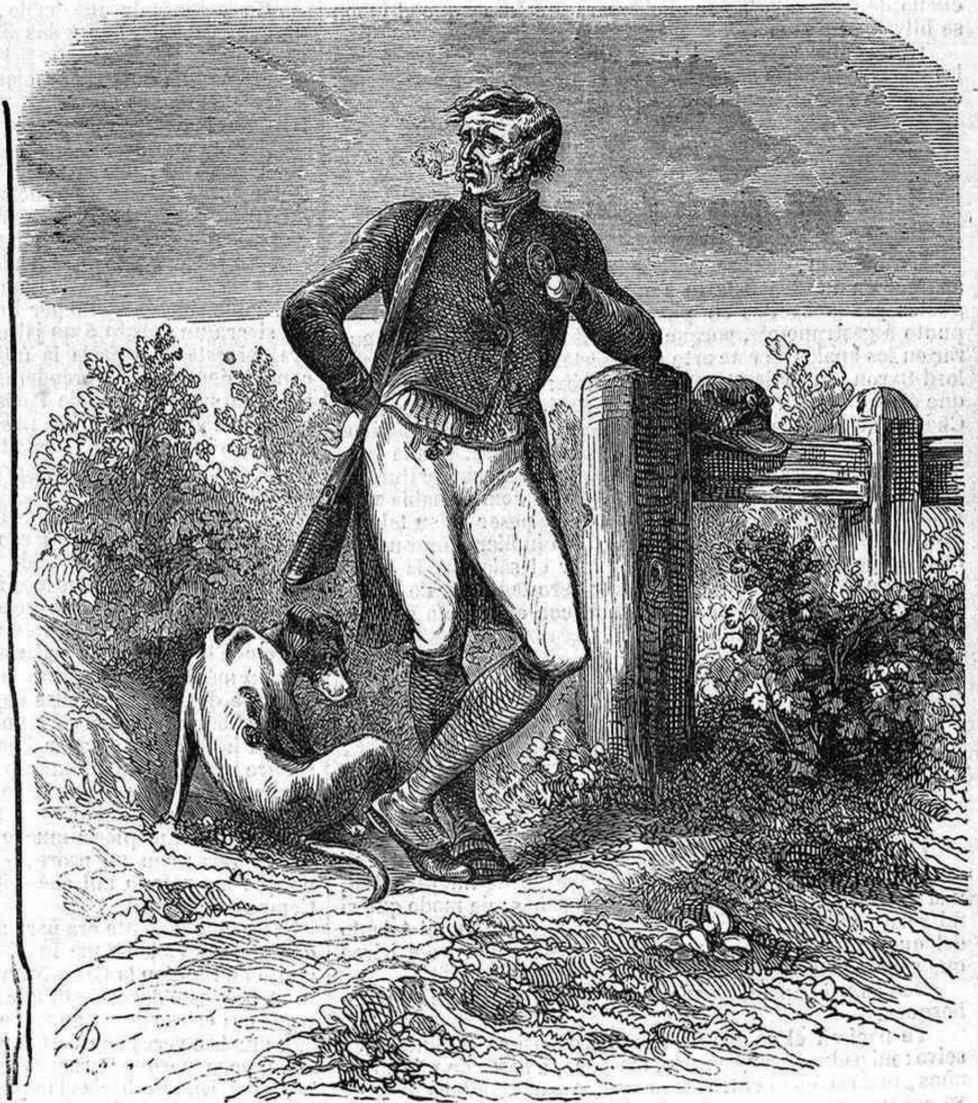
El jabalí hizo oír otro gruñido y levantó una pata.

—Basta, basta, hijo mio, prosiguió Bobino: es inútil que te empeñes en volver á las andadas.

No bien había acabado de pronunciar estas palabras, cuando rodaba hasta diez pasos de distancia con la pipa rota entre



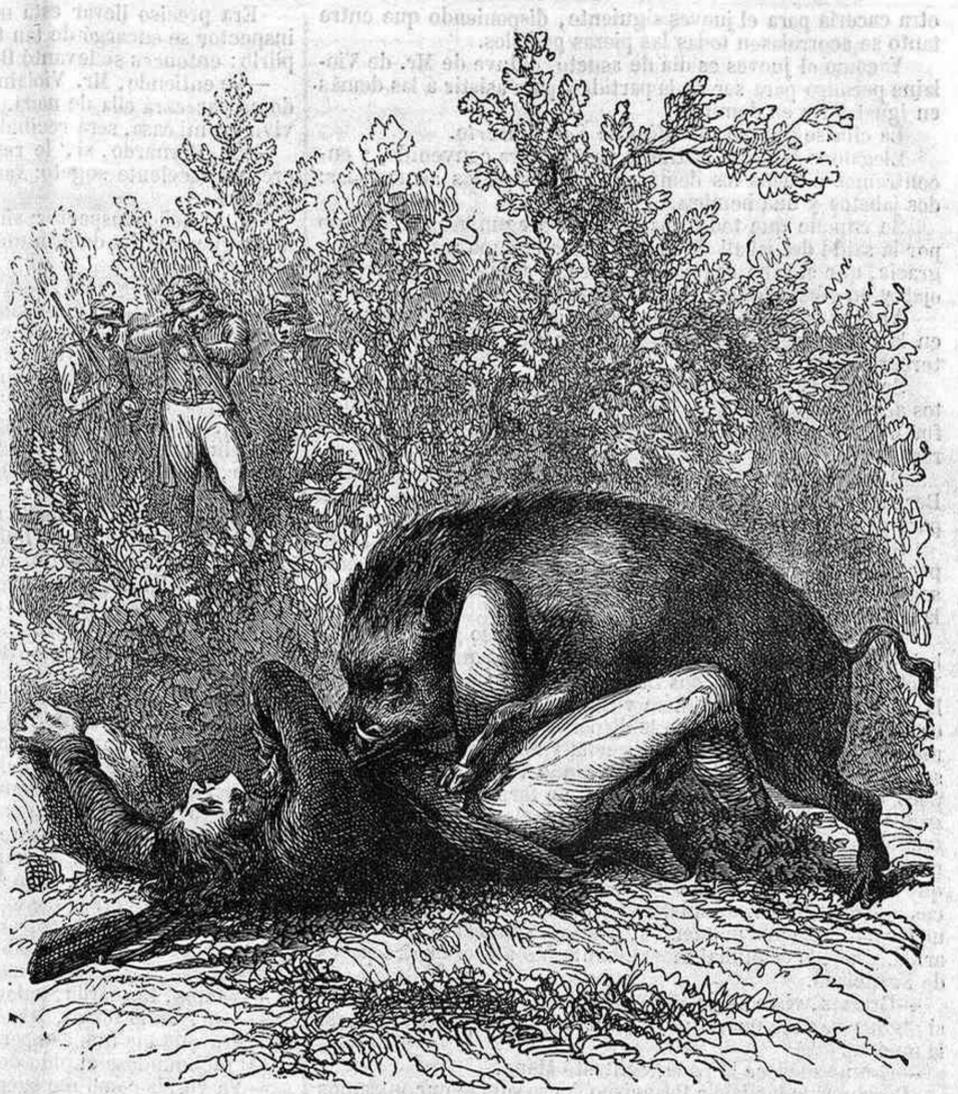
La cita de caza.



Mona.



Apenas acababa Bobino de hablar cuando rodaba á diez pasos de distancia.



Una voz gritó con acento imperioso: «No tireis!»

los dientes. El jabalí, que solo estaba aturdido, se habia levantado y vuelto á la vida por la sangría de Bernardo: se des- embarazó del peso que le oprimia, y se puso en pié, aunque vacilando sobre sus cuatro patas.

—¡Ah! exclamó Mr. de Violaine: esto es curiosísimo, por vida mia.

—¡Fuego! gritó Bernardo buscando su escopeta, que habia dejado en un ribazo, para proceder con mas libertad á la operacion que le referido ¡Fuego! Yo conozco bien á estos parroquianos; tienen la vida á prueba de bomba. ¡Fuego! ¡Fuego!

Pero ya era tarde: los perros, al ver que el jabalí se levanta,

se arrojaron á él, cubriéndole tan completamente, que el animal no presentaba el menor blanco.

Entre tanto iba acercándose al foso, arrastrando consigo á la trailla entera: en seguida penetró en el bosque y desapareció, perseguido por Bobino, que se habia levantado, y que furioso por la afrenta que acababa de recibir, queria vengarla á todo trance.

—Detenle, detenle, le gritaba Bernardo: agárrale por el rabo, Bobino.

Las carcajadas se sucedian sin interrupcion, y por fin oímos dos tiros.

Poco después se presentó Bobino cabizbajo, pues el jabalí

habia huido definitivamente acosado por los perros, cuyos aullidos escuchábamos.

Lo perseguimos todo el dia y abandonamos su pista al anochecer, sin volver á encontrarla, aunque Bernardo hizo saber á todos los guarda-bosques de las inmediaciones, que si llegaban á matar un jabalí sin rabo, encontrarían este en el hojal de Bobino.

Sin embargo, aunque la cacería fué en estremo divertida para nosotros, no habia llenado el objeto que se proponia el inspector, pues este habia recibido orden terminante de es- terminar toda la raza del jabalí.

Por eso al separarse de los guardas indicó el inspector



—Herido! herido! Quién ha dicho que mi tío estaba herido?



De pronto Bernardo se levantó, agarrando al animal por las dos patas traseras.

otra cacería para el jueves siguiente, disponiendo que entre tanto se acorralasen todas las piezas posibles.

Y como el jueves es día de asueto, obtuve de Mr. de Violaine permiso para ser de la partida y para asistir á las demás en igual día y en domingo.

La cita se fijó para la *Misa de San Huberto*. Llegamos Mr. de Violaine y yo á la hora convenida, y encontramos á todos los demás: habia tres piezas acorraladas: dos jabatos y una hembra.

Se supone que todos los guardas preguntaron á Bobino por la salud del jabalí de marras; pero él supo contestar con gracia, que el rabo seguía sin novedad alguna pendiente del ojal: y en efecto lo llevaba pendiente.

Ya hemos dicho que habia tres jabalíes que combatir; uno en la demarcación de Berthelin, otro en la de Bernardo y el tercero en la de Mona.

Se empezó por el más inmediato, que era uno de los jabalíes acorralado por Berthelin; antes de que salvase el recinto fué muerto por Mildet, quien le introdujo una bala en el corazón.

Pasamos al segundo, que estaba á una legua escasa de allí. Bernardo, según costumbre, nos condujo á la Casa-Nueva para refrescar, después de lo cual nos pusimos en marcha.

Se formó el cordon y Mr. de Violaine me colocó entre su persona y un guarda de confianza llamado Francisco. A este seguía Mona y después no recuerdo quién: debíamos atacar á la hembra.

Bernardo entró en el bosque con su sabueso y levantó al jabalí. Sentimosle acercarse por el ruido de sus quijadas. Mr. de Violaine le disparó los dos tiros, aunque sin tocarle; yo hice lo mismo, pero era la primera vez que lo verificaba y también erré: por último, Francisco le disparó acertándole de medio á medio; pero la fiera dió media vuelta y acometió á su adversario. Francisco le dirigió su segundo tiro á boca de jarro, pero al mismo tiempo él y el jabalí no formaron más que un grupo informe. Oímos un grito desgarrador: Francisco yacía tendido en tierra y el animal se cebaba en él. Precipitámonos todos en su auxilio; pero llegó á nuestros oídos una voz que gritó: «No os mováis.» Permanecimos inmóviles, y entonces vimos que Mona apuntaba al grupo: el tirador estuvo como una estatua cortos momentos, salió en seguida el tiro de su arma, y herido el animal mortalmente fué á caer cuatro pasos de Francisco.

—Gracias, viejo, dijo Francisco sosteniéndose de rodillas: si alguna vez me necesitas, ya me entiendes; amistad hasta la muerte.

—Eso no merece la pena, contestó Mona.

Corrimos todos hacia Francisco, pero solo le encontramos una mordedura en un brazo, lo cual era nada en comparación de lo que hubiera podido sucederle: así que, seguros de que su herida no inspiraba el menor cuidado, felicitamos sinceramente á Mona por su destreza. Pero él, como no era la vez primera que se habia visto en tan difícil empeño, admitió nuestros cumplimientos como hombre que no comprende la estraneza de los demás por una cosa tan sencilla en su concepto y tan fácil de ejecutar.

Después de ocuparnos de los hombres, examinamos la fiera. Habia recibido dos balazos de Francisco, pero una de las balas se le habia aplastado en el muslo, casi sin horadarle la piel, y la otra se habia corrido por la cabeza haciéndole un surco sangriento. En cuanto á la de Mona, le entró por el brazo, dejando muerto al jabalí.

Dimos de comer á los perros, y nos pusimos en marcha como si nada hubiera acontecido, ó como si hubiéramos previsto que ocurriría, antes de acabar el día, un suceso mucho más terrible que el que acabamos de referir.

El tercer combate debía tener lugar en el distrito de Mona: se tomaron las mismas precauciones que en las anteriores batidas y se formó el cerco. Yo me hallaba colocado entre Mr. de Violaine y Berthelin: Mona entró en el bosque para espantar la pieza, y cinco minutos después nos anunció el perro que el jabalí estaba en campaña.

Oyose de pronto un tiro de carabina; al mismo tiempo vi saltar las tiernas ramas de un arbusto colocado á cuarenta pasos de distancia, y resonó á mi derecha un grito doloroso. Volví la vista y vi á Berthelin sosteniéndose contra un árbol con una mano y apoyando la otra sobre el costado.

No tardó en encorvarse y caer en tierra lanzando un sordo gemido.

—¡Socorro, grité, socorro! Berthelin está herido.

Y sin detenerme un segundo me precipité hacia él seguido de Mr. de Violaine, mientras se replegaban hacia nosotros todos los cazadores.

Berthelin estaba sin conocimiento, y al levantarlo vimos que derramaba muchísima sangre de una herida que habia recibido encima de la cadera izquierda: la bala habia quedado en el cuerpo.

Estábamos alrededor del moribundo preguntándonos con las miradas quién de nosotros habia disparado aquel tiro fatal, cuando vimos salir de la espesura á Bernardo, sin gorra, pálido como un espectro, con la carabina todavía humeante entre las manos y gritando:

—¡Herido! ¡Herido! ¿Quién ha dicho que mi tío está herido?

Nadie le contestó, pero le señalamos el moribundo, que vomitaba ya sangre en abundancia.

Bernardo se adelantó con la mirada torva, cubierta la frente de sudor frío y los cabellos encrespados: próximo ya al herido, arrojó una especie de rugido lastimero, hizo pedazos la caja de la carabina contra un árbol, y tiró el cañón á cincuenta pasos de nosotros.

Después cayó de rodillas y rogó á Berthelin que le perdonase; pero Berthelin habia ya cerrado los ojos para no abrirlos.

Formamos sin perder tiempo unas parihuelas, pusimos aquel cuerpo en ellas y lo llevamos á casa de Mona, situada á tres ó cuatrocientos pasos del sitio en que habia ocurrido el accidente. Bernardo iba al lado de las parihuelas, sin pronunciar una palabra, sin derramar una lágrima, estrechando la mano de su tío. Entre tanto uno de los guardas partió al galope en el caballo del inspector para avisar á un médico de la ciudad.

Media hora después llegó efectivamente el facultativo para anunciarnos lo que ya conocíamos todos, á saber: que la herida era mortal.

Era preciso llevar esta noticia á la muger del herido: el inspector se encargó de tan triste deber y se preparó á cumplirlo: entonces se levantó Bernardo y le dijo:

—Se entiende, Mr. de Violaine, que mientras respire Bernardo no carecerá ella de nada. ¡Pobre tía! Decidle que si quiere vivir en mi casa, será recibida en ella como si fuese mi madre.

—Sí, Bernardo, sí, le respondió Mr. de Violaine; ya sé que eres un excelente sugeto: vamos, vamos; no ha sido por culpa tuya.

—¡Ah! señor inspector; añadid algunas palabras semejantes á las que acabais de pronunciar. ¡Ah! se me figura que voy á llorar.

—Llora, amigo mío, llora, porque eso aliviará tu corazón. —¡Oh Dios mío, Dios mío! exclamó el desgraciado, rompiendo en llanto y cayendo en un sillón.

Nada me conmueve tanto como una gran fuerza vencida por un dolor inmenso. El aspecto del hombre que luchaba con la muerte me impresionó menos que el del hombre que lloraba.

Salimos unos después de otros de aquella estancia mortuoria, en la que solo permanecieron el médico, Mona y Bernardo.

Berthelin espiró aquella noche.

El domingo siguiente hubo cacería.

La cita era en el Matorral del Lobo: el inspector habia citado á todos los guardabosques, á escepcion de Bernardo, pero no era este capaz de faltar á sus deberes. Llegó á la misma hora que los demás, pero sin escopeta ni carabina.

—¿Por qué has venido, Bernardo? le preguntó Mr. de Violaine.

—Porque soy jefe de la brigada, mi inspector.

—Ya, pero no he querido avisarte...

—Sí, sí; lo comprendo y os doy las gracias, pero ante todo el servicio. Dios sabe que daría mi vida porque no hubiese acontecido lo que ya no tiene remedio: y sin embargo, aun cuando yo permanezca en casa lamentando aquella desgracia, no dejaré de tener mi pobre tío seis piés de tierra sobre su cuerpo. ¡Ah, Mr. de Violaine! hay una cosa que me atormenta, y es que ha muerto sin perdonarme.

—¿Y cómo querías que lo hiciese? ¿Ignoras que no ha sabido quién disparó el malhadado tiro?

—Es verdad, no lo ha sabido al morir, pero ahora lo sabe: según dicen, los muertos nada ignoran.

—Vamos, Bernardo, valor.

—¡Oh! Ya lo tengo, Mr. de Violaine; no lo dudeis, pero yo quisiera que me hubiese perdonado.

E inclinándose al oído del inspector, añadió:

—Ya vereis cómo me sucede una desgracia, tan solo porque no me ha perdonado.

—Estás loco, Bernardo.

—Es posible, pero no me abandona esa idea.

—Bien, pero calla ó hablemos de otra cosa. ¿Por qué has venido sin arma de fuego?

—Porque no pienso tocar mientras viva ni una carabina ni una escopeta.

—¿Y con qué piensas matar las piezas?

—¿Con qué?... Con esto. Y sacó su cuchillo de monte.

Mr. de Violaine se encogió de hombros.

—Decid lo que queráis, Mr. de Violaine, pero así será. Además, por un jabalí he asesinado á mi tío; y habeis de saber que con arma de fuego no conoce uno que mata á esos animales: con el cuchillo es otra cosa. Por otra parte, ¿con qué degollamos los cerdos? Con el cuchillo. Pues bien, un jabalí no es mas que un cerdo.

—Supuesto que te niegas á las razones, es preciso dejarte.

—Sí; dejadme y vereis.

—A la caza, señores, á la caza, gritó el inspector.

Hízose lo que siempre, pero aquella vez, aunque le tocaron tres ó cuatro balas, el jabalí corrió gran distancia, y solo después de tres ó cuatro horas de persecución se decidió á volver cara á los perros.

El cansancio del cazador desaparece en cuanto escucha el *halatí*. En vueltas y revueltas habíamos andado más de diez leguas, pero no bien conocimos, por los ladridos de los perros, que atacaban estos á la pieza, olvidamos la fatiga y corrimos hacia el punto del bosque de donde procedía el ruido.

Conforme nos adelantábamos se aumentaba este, y de vez en cuando se veía sobre las copas de los árboles algun perro, lanzado por los colmillos de la fiera, aullando desesperadamente y abalanzándose, en cuanto caía al suelo, al cuerpo de su enemigo. Llegamos á un claro: el animal estaba acorralado junto á un árbol caído; veinticinco ó treinta perros le acometían á un tiempo; diez ó doce estaban heridos, y algunos tenían el vientre abierto; pero aquellos nobles cuadrúpedos no sentían el dolor y volvían al combate arrastrándose: era un espectáculo magnífico y horrible.

—Vamos, Mona, dijo Mr. de Violaine: un buen balazo á ese bribon, que ha despachado ya bastantes perros.

—¿Qué es lo que decís, señor inspector? repuso Bernardo, deteniendo el cañón del arma que Mona dirigía al grupo. ¡Un balazo á un puerco! ¡Bah! Ya le bastará una buena cuchillada. Esperad un momento y vereis.

Bernardo desenvainó el cuchillo y se dirigió al jabalí separando á los perros, que volvieron á la carga; confundiendo en seguida con aquella masa móvil y aulladora, nos fué imposible distinguir cosa alguna en dos ó tres segundos; pero de pronto hizo el jabalí un esfuerzo violento para huir, y todos nos echamos el fusil á la cara, cuando se levantó Bernardo sosteniendo al animal por las patas traseras y sujetándole, á pesar de sus sacudidas, con el puño de hierro que ya conocíamos, mientras los perros, arrojándose de nuevo sobre él, le cubrían con sus cuerpos, como con un tapiz ondulante y abigarrado.

—Vamos, Dumas, me dijo Mr. de Violaine; á tí te toca: vete y estrénate.

Acerqueme al jabalí, que al verme redobló sus esfuerzos, chocando sus quijadas y mirándome con ojos ensangrentados; pero estaba preso por un tornillo y nada podía libertarle.

Púsele la boca de la escopeta en el oído é hice fuego.

La conmoción fué tan violenta que el animal se escapó de las manos de Bernardo; pero solo para caer á los cuatro pasos, pues estaba muerto: le habia abrasado los sesos, hablando literalmente.

Bernardo soltó una carcajada y dijo:

—Vaya: ya veo que todavía hay placeres en este mundo.

—Sí, dijo el inspector, pero si así prosigues, contarás pocos. ¿Qué tienes en la mano?

—Poca cosa: esa maldita pieza tiene la piel tan dura, que al herirla con el cuchillo, se ha cerrado este.

—Sí; y al cerrarse te ha llevado el dedo.

—Como si hubiera practicado la operación un cirujano.

Y Bernardo estendió su mano derecha, en la cual faltaba la primera falange del dedo índice. En seguida añadió acercándose al inspector:

—El cielo es justo, Mr. de Violaine: era el dedo con que maté á mi tío.

—Pero es preciso curar esa herida.

—¡Curarla! si hiciese viento, ya estaria seca.

Diciendo estas palabras abrió Bernardo el cuchillo y repartió á la trailla la pitanza como si nada hubiera sucedido.

A la cacería siguiente asistió, no con cuchillo, sino con un puñal en figura de bayoneta, que habia hecho fabricar en su presencia, á su hermano, armero de Villers-Cotterets, arma que no podía doblarse, romperse ni cerrarse.

Se renovó la misma escena que he descrito, pero el jabalí quedó en el sitio, degollado como un cerdo doméstico. Lo mismo aconteció en las demás cacerías, y sus camaradas dieron en llamarle *el tocínero*.

Pero nada le hacia olvidar la muerte de Berthelin; poníase de día en día más sombrío y decia al inspector:

—Cada vez estoy más convencido de que al fin ha de sucederme una desgracia.

Habian trascurrido ya tres ó cuatro años; yo habia abandonado á Villers-Cotterets, pero solia ir á pasar allí unos días: estábamos en diciembre y la tierra estaba cubierta de nieve.

Después de haber abrazado á mi madre, fuí á casa de Monsieur de Violaine.

—¡Hola! exclamó al verme; llegas justamente para tomar parte en una expedición proyectada para cazar lobos.

—Ya he pensado lo mismo al ver la nieve, y celebro no haberme equivocado.

—Sabemos que hay tres ó cuatro en el bosque, y como dos de ellos se encuentran en el distrito de Bernardo, le envié ayer la orden de cercarlos, previniéndole que mañana temprano estaremos en su casa.

—¿Siempre la Casa-Nueva?

—Siempre.

—¿Y qué hace el pobre Bernardo? ¿Persigue á las fieras á bayonetazos?

—¡Oh! ya no hay un solo jabalí en el bosque, pues hace tiempo que fueron todos exterminados: Bernardo hizo en ellos una carnicería espantosa.

—¿Y no se ha consolado aun?

—No: cada vez está más triste y sombrío, y le hallarás muy cambiado. He logrado que se señale una pensión á la viuda de Berthelin, pero ni por esas; el pobre está herido en el corazón. Añade á todo esto que es más celoso que nunca.

—Y supongo que tan injustamente como antes.

—Sí; su muger es un ángel.

—Es una monomanía: y sin embargo, ¡qué buen guarda!

—De los mejores.

—De modo que nos divertiremos mañana en su distrito.

—Con toda seguridad.

—Es lo que necesitamos: por lo demás, el tiempo consolará á Bernardo.

—El tiempo acabará de empeorar la cosa, y empiezo á creer, como él, que le sucederá alguna desgracia.

—¿Con qué está persuadido de ello?

—Sí; y no he podido hacer que abandone ese pensamiento.

—¿Siguen bien los demás?

—Perfectamente.

—¿Y Mildet?

—Se ha dedicado á matar ardillas.

—¿Y Mona?

—Antes de ayer cazamos juntos en Coyoles y mató diez y siete gallinetas sin errar un tiro.

—¿Y Bobino?

—Ha mandado hacer con el rabo del célebre jabalí un silbato para sus perros, y declara que no descansará en este mundo ni en el otro, mientras no se apodere del resto del animal.

—¿De modo que todo va bien menos Bernardo?

—Así es.

—¿Y la cita de mañana?

—A las seis.

—Corriente.

Dejé á Mr. de Violaine para dar un apretón de manos á los antiguos amigos que he conservado en mi país. Una de las felicidades de este mundo es el haber nacido en una población pequeña, cuyos habitantes conocemos y cuyas casas nos ofrecen siempre algunos recuerdos.

A las seis de la mañana del día siguiente volví á ver á mis antiguos compañeros de caza, con carámbanos en las patillas, porque, como ya he dicho, habia nevado el día anterior y hacia un frío horrible. Después de abrazarnos cordialmente nos encaminamos á la Casa-Nueva. Aun no despuntaba el día.

Cuando llegamos al Salto del Ciervo, llamado así porque un día que el duque de Orleans cazaba en el bosque, saltó un ciervo de un lado al otro del camino, encajonado allí entre dos sotos, empezaba ya á disiparse la oscuridad. El tiempo era á propósito para cazar, pues hacia doce horas que no habia nevado, y por consiguiente se conocían todas las señales. Es decir que si habia lobos, la partida debía ser muy agradable.

Anduvimos otra media legua y llegamos al recodo en que Bernardo solia esperarnos.

No habia nadie.

Esta infracción en sus costumbres por parte de un hombre tan exacto como Bernardo, empezó á inquietarnos. Apresuramos el paso y llegamos al torrente, desde donde se veía la Casa-Nueva.

Merced al tapiz de nieve que cubria el suelo, aparecian perfectamente á la vista hasta los más distantes objetos. Veíamos pues la casa blanca, semi-oculta entre los árboles; la columna de humo que salía de su chimenea para perderse entre las nubes, y un caballo sin ginete, aunque ensillado y con brida, que se paseaba delante de la puerta; pero no veíamos á Bernardo.

Sus perros aullaban tristemente.

Nos miramos unos á otros meneando instintivamente la cabeza y nos dimos prisa.

Cuando ya estábamos á cien pasos de la casa, contuvimos la marcha á pesar nuestro, porque un presentimiento nos hizo creer que íbamos á presenciar alguna desgracia.

A cincuenta pasos de la casa nos detuvimos.

—Sin embargo, dijo el inspector, es preciso saber á qué atenernos.

Y avanzamos de nuevo silenciosos, con los corazones oprimidos.

El caballo, al sentirnos, alargó el pescuezo hácia nosotros y empezó á relinchar.

Los perros se arrojaron contra los barrotes que les cerraban el paso, mordiéndolos con rabia.

A diez pasos de la casa había un charco de sangre y una pistola de arzon descargada.

De aquel charco partía un reguero entre pasos estampados sobre la nieve que se perdían en la puerta de la casa.

Llamamos y nadie respondió.

—Entremos, dijo el inspector.

Así lo hicimos, y encontramos á Bernardo tendido en el suelo cerca de su cama, cuya manta tenía asida entre sus crispadas manos: en la cabecera, sobre la mesa de noche había dos botellas, una vacía y la otra empezada. Bernardo tenía en el lado izquierdo una ancha herida, cuya sangre chupaba su perro favorito.

Estaba todavía caliente y hacía unos diez minutos que había espirado.

Hé aquí lo que había ocurrido: supúmoslo al día siguiente por el factor de un pueblo inmediato, que fué casi testigo del suceso.

Bernardo estaba celoso de su muger, y aunque, como hemos dicho, en nada se fundaban sus sospechas, estas se habían ido aumentando de día en día. Había salido á la una, aprovechando la luz de la luna para desorientar á los dos lobos que se hallaban en su distrito.

Una hora después de haberse marchado fueron á decir á su muger que su padre estaba acometido de un accidente de apoplejía y que quería verla antes de morir. La pobre muger se levantó, y se fué sin perder momento, y sin poder decir adónde iba, porque ni ella ni el mensajero que la dió el aviso sabían escribir.

Al volver Bernardo á las cinco de la mañana, encontró su casa desierta: tentó el lecho y lo encontró frío; llamó á su muger, pero su muger había desaparecido.

—Muy bien, dijo; ha aprovechado mi ausencia, creyendo que yo no volvería tan pronto. Me engaña y es preciso que la mate.

Creía saber dónde estaba.

Cogió las pistolas de arzon y cargó una con catorce postas y la otra con diez y siete: se encontraron las catorce en la pistola cargada, y las diez y siete de la otra en su cuerpo.

Después ensilló el caballo, lo sacó de la cuadra y lo dejó delante de la puerta. En seguida metió una pistola en la pistolera izquierda y entró en ella perfectamente.

Pero la pistolera derecha era por casualidad mas angosta y el arma se resistía á ocupar su sitio: Bernardo quiso hacerla entrar á la fuerza.

Echó una mano á la pistolera y con la otra apretó violentamente la pistola.

Este esfuerzo hizo que se disparase el arma y salió el tiro. Para mayor comodidad, tenía Bernardo apoyada la pistolera contra su cuerpo: toda la carga se le introdujo en el lado izquierdo abrasándole las entrañas.

El factor pasaba al mismo tiempo y corrió al oír la detonación. El coloso estaba en pie, agarrado á la silla del caballo.

—¡Dios mío! exclamó; ¿qué ha sucedido, señor Bernardo?

—Que se ha cumplido lo que hace tiempo tenía previsto, señor Martineau. Maté á mi tío de un tiro de carabina, y acabo de matarme de un pistoletazo.

—¡Mataros! Si no tenéis nada...

Bernardo se volvió hácia él: su ropa ardía, y la sangre salía de su herida á borbotones.

—¡Cielo santo! ¿qué puedo hacer en vuestro favor? ¿queréis que vuele á buscar un médico?

—¡Un médico! ¿Y qué queréis que haga? ¡Salvó el médico á mi pobre tío Berthelin!

—Pero, por Dios, mandadme hacer algo.

—Pues bien, sacad dos botellas de tisana de la bodega y soldad á Rocador.

El factor, que muchas veces echaba la mañana con Bernardo, tomó la llave, bajó á la bodega, cogió dos botellas, dió suelta á Rocador y entró en el cuarto de su amigo, á quien encontró sentado y escribiendo.

—Está hecho, le dijo.

—Bien, amigo mío, le respondió el herido: dejad las dos botellas sobre la mesa de noche y marchaos á vuestros negocios.

—Pero, Bernardo...

—Idos.

—¡Lo exigis?

—Sí.

—Pues hasta la vista.

—Adios.

El factor se marchó al punto figurándose que Bernardo no estaba tan peligrosamente herido como había dicho, porque cómo había de sospechar, al ver aquella sangre fría y aquella tranquilidad, que el hombre que las conservaba estaba á las puertas de la muerte?

Nadie ha sabido lo que sucedió después de haberse ausentado el factor.

Bernardo, según todas las probabilidades, había bebido lo que faltaba en las dos botellas. Quiso después subir á su cama, pero le faltaron las fuerzas y cayó al suelo, muriendo en la postura en que acabábamos de encontrarle.

Sobre la mesa había un papel, y en él se veían escritas, con mano todavía firme, las siguientes líneas.

«Encontrareis uno de los lobos en el bosque Duquesnoy: el otro ha huido.

» Adios, Mr. Violaine: bien os decía yo que al fin me sucedería una desgracia.

» Vuestro afectísimo

BERNARDO, jefe de guarda-bosques.»

Bien os dije yo al principio que no era una historia, ni un drama, ni una novela lo que iba á referiros, sino una catástrofe.

Pero esta catástrofe dejó en mi corazón un recuerdo indeleble.

AZARES DE UN VIAJE.

Detete Dios, si te casas, el infierno de sugra y de cuñado; y si te ausentas, detete viajar con chicos y en invierno. Maldición gitana.

Comíame yo mis rentas tranquilo y sosegado en la ciudad de... cuando me ocurrió por malos de mis pecados hacer un viaje y venir á dar un vistazo á Madrid, gozando al paso de las muchas distracciones que esperaba yo encontrar en el risueño aspecto del camino, en la broma de los compañeros de viaje, las buenas mozas de las posadas, y la variedad en las comidas y en el trato de las personas que fuese viendo en cada jornada. ¡Qué placer es el de viajar! me decía yo: verdaderamente que si hay algunas personas á quienes se deba tener envidia son los carreteros y los mayores de las diligencias, todos los días ven cosas nuevas: y si es cierto lo que dicen algunos de que vivir mil días de un mismo modo vale tanto como no vivir mas que uno, solo los trágicos pueden decir que han vivido tantos días como veces han visto el sol. Y luego, continuaba mi imaginación, por fin de la caminata pararse uno en Madrid, en el corte de dos mundos; ver á las Personas Reales, los ministros, los consejeros, los toros, el conservatorio de artes, los teatros, y sobre todo el famoso paseo del Prado, que si se ha de creer á mi primo el empleado, es el asombro de las naciones extranjeras (aunque á mí me cueste algún trabajo creerlo). Bulléndonos estas ideas en la cabeza me acosté una noche, y sin haber podido pegar los ojos me levanté al amanecer del otro día (que era martes por cierto), y me fui derecho al despacho de la diligencia á tomar asiento para Madrid. Tuve la fortuna (única que he tenido en este malhadado viaje) de encontrarlo para aquel día; y después de haber presentado mi pasaporte y mi maleta, y de pagar cinco cuarterones, en los cuales escudaba el peso de esta, y de satisfacer anticipadamente todo el importe del viaje, llegásemos ó no llegásemos al punto designado; después de dar sendas gratificaciones al que me trajo el equipaje, el que me lo acomodó en el coche, al que me fué á avisar á mi casa, etc., etc., llegó por fin el deseado momento de montar para dar principio á un viaje, que tenía yo entonces por el supremo bien de la vida, y que tengo hoy por una de las mayores calamidades á que estamos sujetos en este mundo sublunar. Aquí empezó lo mas lastimoso de mi cuento, y para escucharlo ó leerlo ruego á V., señor redactor de mi alma, que preste toda su atención, pues si es cierto lo que dice un autor de que se alivian las penas luego que se han comunicado, no niegue por Dios este consuelo al que mas le ha menester.

Agrupados estábamos ya todos en derredor del carruaje cuando empezó á gritar el mayoral los nombres de los caminantes, y fueron entrando por su orden en los asientos del interior, D. Caralampio Godines, abogado de edad proveccta, que venía á Madrid á pretender varas sino podía alcanzar toga, y con él un jóven de quien iba encargado para hacerlo matricular en el colegio de medicina de San Carlos: á su lado se colocó una señora llamada Doña Mariquita, con un niño de pecho, la cual, según supe después, caminaba á ver á un tío enfermo que tiene en Madrid, con la esperanza de hallarlo todavía vivo, y cuando no, resuelta á resignarse con la herencia, que parece que es mucha y buena: al subir le dió la mano uno de bigotes que iba en la rotonda, y sino me llamasen malicioso, aseguraría que se la apretó algo mas de lo que ella necesitaba para no caer: en el otro frente, que era el mío, no se colocó mas que el señor N. Besugo, tratante en fresco, que se dirigía á la corte con intención de cobrar unos piquillos que le debían en la plazuela de San Miguel. Contento por demás subía yo, viendo que llevábamos un asiento vacante, cuando al ir á cerrar la portezuela llegó al estribo jadeando y casi sin aliento un religioso del orden de... el mas grueso y saludable que he visto en mi vida; y como noté que se esforzaba para subir, se agitó todo mi contento: ¡tan deleznable y percederos son los gozos de este pícaro mudo! con la ayuda del mayoral y del postillon pudo subir el estribo; pero los esfuerzos de los tres reunidos no hubieran sido poderosos á hacerlo entrar por la portezuela, á no haberse él perfilado, y cediendo entonces al empuje que hacían los de afuera, se desplomó entre nosotros aquella enorme humanidad, dando al caer un suspiro tan lleno y sostenido que bastara para poner á la vela un quechmerin holandés.

Si V., señor redactor, ha viajado alguna vez en las diligencias de España, se figurará el estado de presión á que quedamos reducidos desde aquel momento el de los besugos y yo, con la postdata de aquel santo varon, que según nos dijo después él mismo, pesa once arrobas sin los hábitos, y si añado ahora que aquella tortura duró hasta Madrid, no me parece que necesito decir mas para que se duelan de mi situación todos los que abriguen una alma cristiana y caritativa. Sonó al fin el chasquido del látigo; é invocando con voz ronca y aguardentosa á las mulas capitana y molinera, rodó veloz y estrepitosamente el atestado carruaje, haciendo temblar el suelo cien varas á la redonda. No bien sintió el balance poco agradable del coche el niño de Doña Mariquita, cuando soltó la teta, y empezó á desgarrarse con tan eficaces alaridos que sobresalían por encima del ruido de las ruedas y del sonneto que en su movimiento producía uno de los vidrios que no estaba levantado. Para evitar este sonido poco agradable, y con el fin de preservar del aire á su niño, nos pidió cortemente la madre licencia para tapar este único respiradero, no quedándonos entonces para el ejercicio de los pulmones mas aire que el que resultaba de la combinación entre las exhalaciones producidas por el sudor del religioso y las partículas que se desprendían de la ropa del pescadero, juntamente con los vapores de un niño de pecho, á un mismo tiempo tragon en demasia y enfermito del vientre. Tomó entonces la palabra el abogado para probarnos con la autoridad de no sé cuántas leyes, el derecho que cada uno tiene para

sentarse en este ó el otro sitio de una diligencia; pero fuese la oscuridad de la noche que empezaba á crecer, ó el abrigo del lugar, ó tal vez la excesiva dulcedumbre de la elocuencia de nuestro causidico, lo cierto es que cundió tal sueño por el auditorio, que á pesar de la curiosidad de verle teníamos, nos quedamos dormidos á poco tiempo, no sin pasar antes por todas las tribulaciones del que se ve soñoliento en una diligencia, á saber: la presión por ambos costados, los coscorrones que recibe la cabeza en los balances del carruaje, las rodillas puestas en prensa sirviendo de cuñas las piernas del que está frontero, y las cabezadas que de cuando en cuando da este en el estómago de su antagonista. La primera prueba que de nuestro sueño tuvo el orador, fué el acompasado y sonoro roncar del mas grueso de los pasajeros; y viendo entonces que era perdido su trabajo, llamó por fin y se puso á dormir como los demás. ¡Pluguiese al cielo que aquel sueño, magüer desagradable, hubiera durado largo tiempo, ó que no hubiera terminado tan desgraciadamente como terminó.»

Figúrese V., señor redactor, cuál sería mi sorpresa al sentir encima de mí al despertarme toda la enorme masa del reverendo monje, y al notar que no podía regir el brazo izquierdo: tal me había parado; pero figurándoseme entre dormido y despierto que soñaba una pesadilla, empecé á menudear con el otro brazo tantos cachetes sobre el que así me sofocaba, que amostazado este, y queriendo castigar mi agresión, no hizo mas que removerse sobre mi persona, con lo cual me abrumó de tal modo, que apenas me quedó conocimiento para enterarme de que habíamos volcado. Los gritos de las mugeres, el llanto de los niños y el sacrilego jurar de los carreteros, me hicieron entonces temer una desgracia mucho mayor de la que realmente padecíamos, pues esta se redujo al magullamiento de mi brazo, al desmayo de Doña Mariquita, y á un garruchazo que se hizo en la pierna el de los bigotes por querer salir del coche antes de tiempo á socorrer á Dulcinea á fuer de buen caballero: mas como no pudo llegar á sazón, desfogó su cólera contra el mayoral, reconviniéndole muy agriamente por su descuido, á lo cual contestaba él diciendo: «Pues mire V., la diligencia de la otra empresa que es mas antigua, y tiene tanta fama, ha volcado mas de una vez y en terreno mas llano que este; y con esto crea él que debíamos consolarnos, y tener por ninguno aquel desman. Salimos al fin como pudimos del coche por la portezuela, á la manera que salen los cubos de un pozo; y habiéndonos dicho el conductor que estaba cerca la parada, nos dispusimos á andar á pié lo que nos quedaba de camino hasta llegar á ella; pero á poco trecho quiso Dios y nuestra desventura que empezase á llover copiosamente; y como nos cogiese el chubasco subiendo una cuesta de terreno arcilloso, que se convirtió muy luego en fango, nos pusimos de barro entre resbalones y caídas que no había por donde cogernos. Llegamos por fin al suspirado albergue: y aunque no había lumbre á la sazón, nos ofrecieron encenderla con la mejor voluntad del mundo; pero la leña, que había estado en un corral destechado, no quiso arder por mas diligencias que se hicieron, hasta soltar toda el agua que había cogido en el pasado aguacero. Cuando empezaba á encandilarse llegó el recobrado carruaje, y no hubo mas remedio que subir á él, y enjugada en el cuerpo la humedad que conservaban los vestidos, dando de paso para alfileres á las criadas, á quienes vimos entonces por la primera vez.

En congratularnos porque no había sido mayor el daño, y en contarnos el licenciado otros muchos vuelcos mas ó menos desgraciados, se pasó la noche; y cuando empezaba á alborazar el día nos hallámos parados á la entrada de un puente: «Señores, las llaves de las maletas, nos dijo el mayoral,» por lo que conocimos que se trataba del registro que se hace al pasar de las provincias exentas á las provincias aduanadas: en un momento vino abajo todo el equipaje, y entonces tuve ocasión de notar el infatigable celo de los dependientes del resguardo... cuando no median razones poderosas que templen y moderen su laudable ardor. No quedó rincón que no visitasen en mi maleta, al paso que otras (sin duda por ser de personas que se habían dado mas á conocer) fueron registradas superficialmente y como por pura ceremonia. Mientras se ejecutaba el espurgo, viéndome tan de mal humor el licenciado, procuraba acallarme, y me decía que siendo él fiscal de real hacienda en una provincia, se había convencido de la necesidad de observar aquel rigor en el registro de los efectos; porque en una ocasión (continuaba) inventaron los contrabandistas hacer un fraile dominico de hoja de lata, tan bien imitado, que todos le quitaban el sombrero; y montando á su paternidad en un macho lo entraban por las puertas de la ciudad repleto de aguardiente, defraudando de este modo á la real hacienda: por lo cual creo yo (concluyó mi D. Caralampio) que mientras no se registre á las personas por dentro no se acabará el contrabando en España. Despachados ya los equipajes, noté que uno de los guardas se separó del corro en donde había estado cuchicheando con sus compañeros, y dirigiéndose á mí me significó que el resguardo había llegado á entender que yo conducía contrabando, por lo cual era indispensable registrar mi persona. Yo, que siempre me he preciado de religioso observador de las leyes, me incomodé, la verdad, por tal sospecha; pero conociendo que no había otro modo de destruirla que dejarme reconocer, tuve que entregarme en sus manos y sufrir aquella desagradable operación. Obtenido mi consentimiento traje uno de ellos una silla, y subiéndome en ella me quitó boníticamente la peluca, que en mi concepto nadie debía conocer, y tentándola y estrujándola en todos sentidos, encargó á uno de sus colaboradores que me reconociese el cráneo, lo cual ejecutó muy brevemente, porque estando como está sin pelo, no era posible esconder en él ni un alfiler, aunque fuese de monja: siguieron después por las demás partes de mi cuerpo, y cuando creía yo que habían concluido, y que era ocasión de reprenderles ágramente por sus imprudentes recelos, figúrese V. cuál sería mi sorpresa, señor redactor, al ver que me sacan un mazo de tabaco de uno de los bolsillos del leviton de viaje, metido allí, según he sabido después, por el galán de los bigotes de que ya he hablado al principio de esta mi elegía. Querer contar á V. ahora mi confusión, las imprecaciones de los del resguardo, la multa que me hicieron pagar, y la fianza del mayoral que tuve que presentarles para que dejasen libre mi persona, sería el cuento de nunca acabar: y como veo que esta carta pica ya en historia, quiero pasar por alto todo esto,

y lo que nos sucedió al siguiente día hasta la hora de comer, ó sea almorzar al mediodía.

Cansados y mohinos entramos en la posada, que no parecía de mala traza, y prevenidos por el mayoral de que solo nos podríamos detener media hora para adelantarse así lo atrasado en el vuelco, nos dirigimos á la pieza de comer para que nos despachasen tan presto como el caso requiera; pero nos dijeron que se aguardaba á la diligencia que venía en sentido opuesto para dar de comer á un tiempo á los pasajeros de una y otra. No hubo mas remedio que esperar, y entre tanto se puso á comentar nuestro licenciado la desgracia del vuelco; y para mostrar su erudición en materia de ruedas y de caballos, nos refirió muy por estenso las carreras de los juegos olímpicos que se celebraban en la antigua Grecia, y el pasaje de Faetonte, con lo cual no nos quedó duda de que el coche había volcado por descuido del postillon. En esto entró la criada con la sopa, diciendo que la diligencia que venía acababa de llegar, pero sin pasajero alguno; y detrás de ella se presentó el mayoral con la orden de que era preciso echar á andar al instante para pasar de día un sitio no muy seguro de ladrones que había en el camino. En vano le hicimos presente que aun no habíamos empezado á comer; pues á la prudente reflexión que él nos hizo de que así cenaríamos mejor á la noche, se juntó la alarma de las señoras, que temerosas del anunciado peligro se pusieron en pié dispuestas á partir inmediatamente. La criada de la posada que las vió tan resueltas vino corriendo á cobrar sus tres pesetas por barba, pues, como ella decía, una vez empezada á servir la comida, lo mismo es que los pasajeros la coman que la dejen. Yo, aunque no tuve por muy legítima la paridad, cansado de tantos contratiempos y convencido de que no había remedio, pagué, y así de un pollo fiambre, me le llevé al coche, y lo envolví en un papel que hallé en la bolsa del mismo.

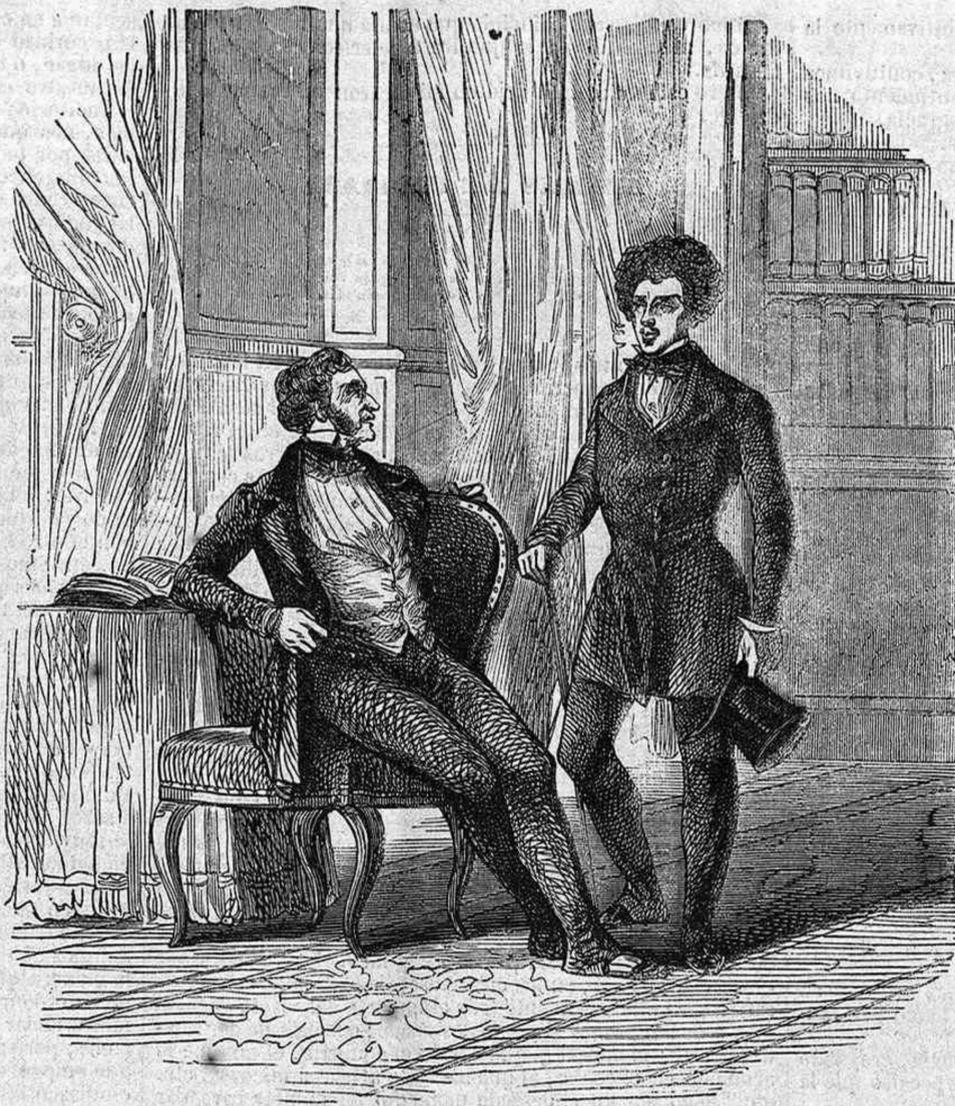
Ya me tiene V. otra vez embutido en el coche, y sosteniendo en una discusión, contra el parecer de Doña Mariquita, que la noticia del mayoral había sido una estratagemata para hacernos salir mas pronto de la posada, porque él se había apipado bien en la cocina, y porque

El hartó, del que ayuna no tiene pena alguna:

que no había mas ladrones que los posaderos, que hacen pagar sin distinción al que come y al que no come. Aquí llegaba yo de mi aseveración, cuando oímos muy cercano un tiro de fusil, que hizo perder el color á Doña Mariquita, y que me quitó á mí la gana de proseguir en mi discurso: el abogado empezó á dar diente con diente, y el religioso invocó santiguándose á todos los santos de su religion. Ha de advertir V., señor redactor, que era ya anochecido, que el paraje donde nos hallábamos estaba escondido entre dos cerros, y que á la derecha, que era precisamente adonde había sonado el tiro y resplandecido el fognazo, había muchos y muy espesos árboles. Bien conocí el mayoral lo crítico de nuestra situación, y como práctico en esta clase de conflictos, se paró inmediatamente, aguardando órdenes de nuestros agresores: no se hicieron estos aguardar mucho tiempo, antes acercándose y saludándonos con una porción de denuestos, con la misma presteza que sigue el trueno á la luz del relámpago confirmaron el funesto presentimiento que el tiro nos había hecho concebir. Hacernos apagar á todos, aplicar unos cuantos palos al de los bigotes que intentaba resistirse, maniatarnos estrechamente, y hacernos tender boca abajo entre los árboles, fué todo obra de muy poco tiempo; y mientras los ladrones reconocían y se apoderaban de lo que mejor les parecía de nuestro equipaje, empezó á repetir la lluvia de la noche anterior, y nosotros á no perder ni una sola gota, pues la posición que teníamos era la mas á propósito para empaparnos por la espalda, y para embeber con la cara y el vientre el lodo que se formó muy luego.

En este lastimoso estado nos dejaron aquellos bandidos: intimándonos la orden, después de llamarnos ladrones, de no movernos en mucho tiempo, pena de la vida.

El pupilo de D. Caralampio fué, como el mas joven, el primero que pudo desatarse y nos fué desatando después á los demás: ya estamos otra vez en el malhadado carruaje, ó por mejor decir, en la posada donde habíamos de dormir, medio recobrados del susto, y no enteramente enju-



—Hola! hola! muchacho, dijo al verme: llegas justamente á tiempo para la caza del lobo.

tos de la lluvia; y mientras que sentados á la mesa de la fonda, que parecía muy decente, aguardábamos la cena para irnos á acostar, entró un encargado de policía á examinar y refrendar los pasaportes: obedientes y sumisos fuimos todos alargando nuestro documento al celador, que los leía, aunque no muy de corrido, y los rubricaba con estraña velocidad. Llegó

gritando con cierto placer maligno:—Caballero, ya están enganchando. Ni el martirio del sediento Tántalo, á quien diz que refriegan por los hocicos el agua sin que llegue á tragar una gota, puede compararse al que yo padecí cuando me vi obligado á abandonar aquella deliciosa mansion, precisamente en el momento en que iba llegando á conocer todo

el valor de una buena cama, después del cansancio y fatiga de larga y azarosa jornada. Confieso á V. que ninguno de los golpes hasta entonces sufridos me abatió tanto como este, porque amen de que yo soy dormilón por naturaleza y por hábito, fueron tantas las desgracias que me sucedieron vistiéndome y luchando con la oscuridad y el sueño, que fueran bastantes á agotar mi paciencia, si mucha tuviera: por último, al calzarme una bota, toda mojada y encogida, tiré con tal desesperación, que saqué el talón por la caña; y á todo esto el mayoral dando prisa, y yo sin otro calzado que ponerme. Maldiciendo de mi suerte, y cojeando como pude me coloqué en mi asiento, y ni la locuaz pedertería de D. Caralampio, ni los cristianos consejos de conformidad que me daba el religioso, ni aun las cariñosas miradas de Doña Mariquita, fueron parte para sacarme de la melancólica desesperación con que llegué hasta Madrid, y me apeé de la diligencia con ánimo firme de no volver á entrar en ella ni en otro carruaje alguno como sea para hacer un viaje. Solo siento y lloro el que tengo que hacer para restituirme á mi país, en donde pienso vivir y morir hasta que Dios me llame á juicio; y este será el primer viaje que haga después de verme en mi casa.

Doña Mariquita encontró al salir del coche á su moribundo tío tan sano y colorado como si nunca hubiera estado enfermo, y al abrazarle fijó tan tristemente los ojos en su *cavaliere servente*, que no parece sino que le decía: «Vuelto mi tío á la vida no puedo contar con su herencia para trocar el estado de viudez por el mas dulce del matrimonio.» El religioso preguntó por la calle del Leon, y se dirigió á su hospedería: D. Caralampio quedaba loco de contento por la noticia que allí le dieron de que en las actuales reformas habían hecho covachuelista á uno que fué condiscípulo suyo, con lo cual daba por conseguidas sus pretensiones, y yo me dejé guiar por el mozo que cogió mi baul á una casa de huéspedes, desde la cual escribo á V. para desahogar la bilis que me ha hecho acumular este malaventurado viaje.



Muerte de Bernardo.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.